

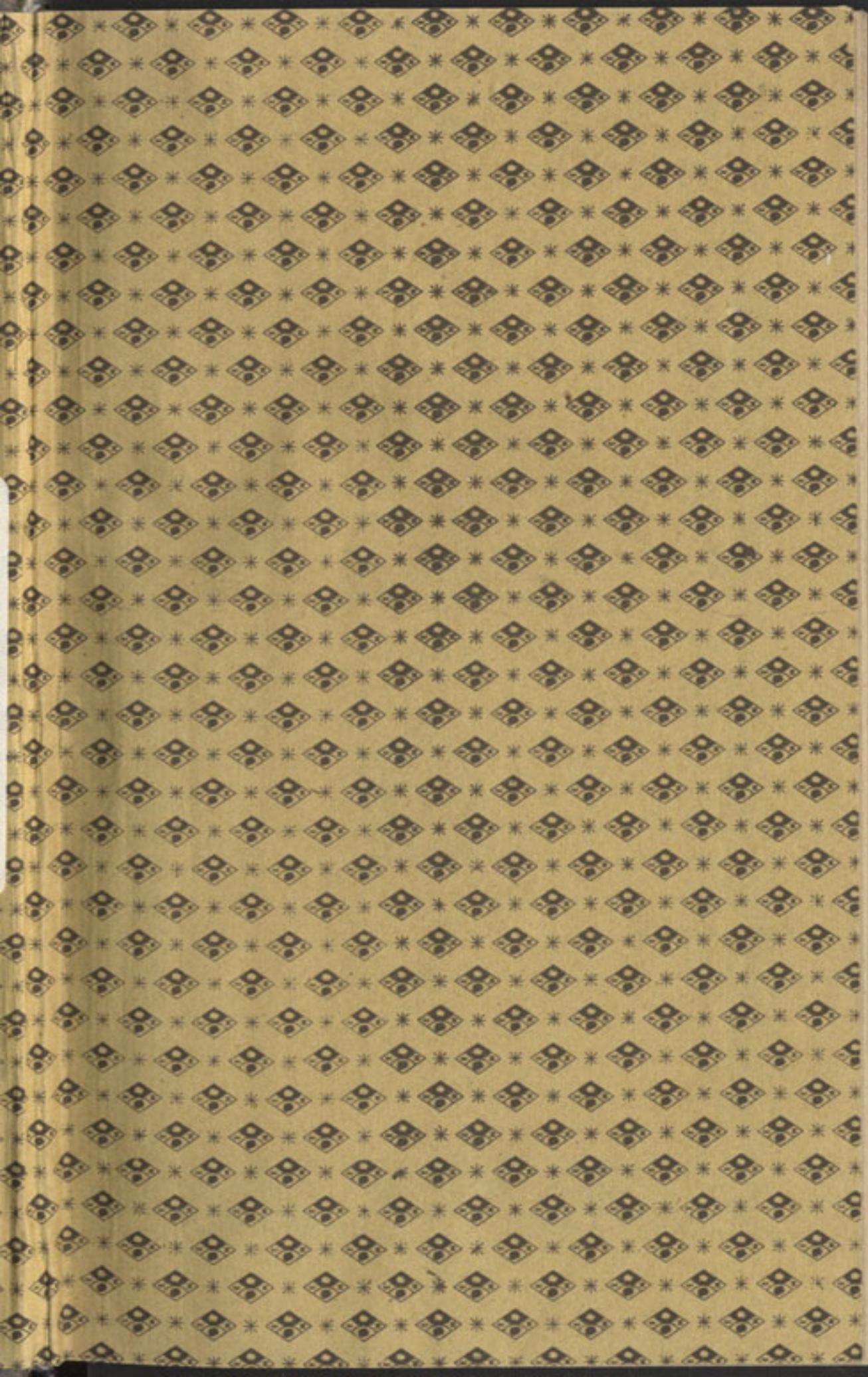
9
(5)
3
5
58

9
(5)
58

UNIVERSIDADE DE COIMBRA
Biblioteca Geral



1300550190





COLECCION
DE
ESCRITORES CASTELLANOS

«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO

BIOGRAFIA

de

D. SERAFIN ESTEBANEZ
CALDERÓN

Y CRÍTICA DE SUS OBRAS

por

DON A. CANOVAS DEL CASTILLO

*Director de la Real Academia de la Historia,
individuo de número de la Española, de la de Ciencias
Morales y Políticas y electo de la de Bellas Artes
de San Fernando, Miembro de la Real Academia de Ciencias,
Letras y Artes de Bélgica,
Presidente del Ateneo de Madrid, &c., &c.*

TOMO I



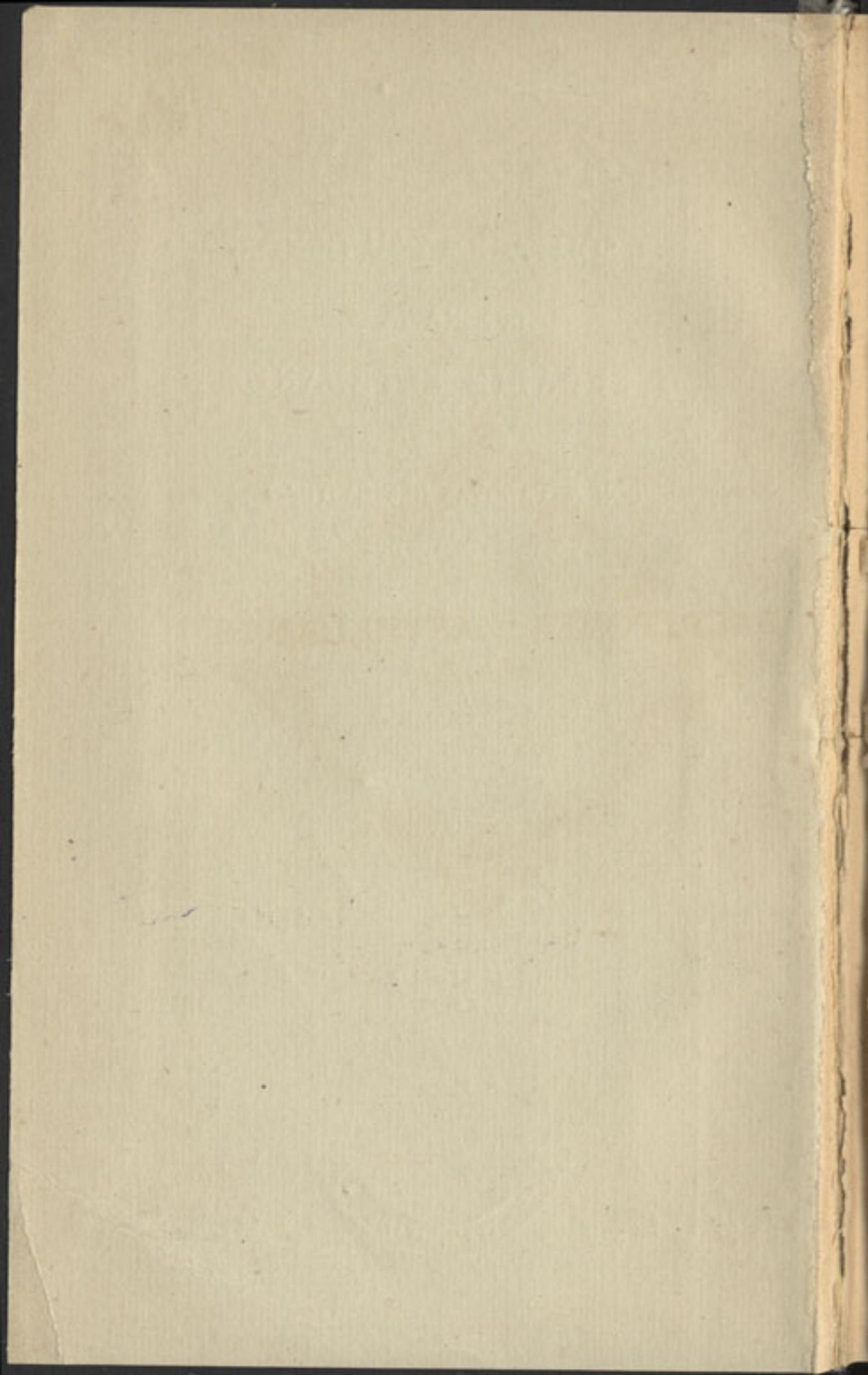
MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRILL

Flor Baja, núm. 22

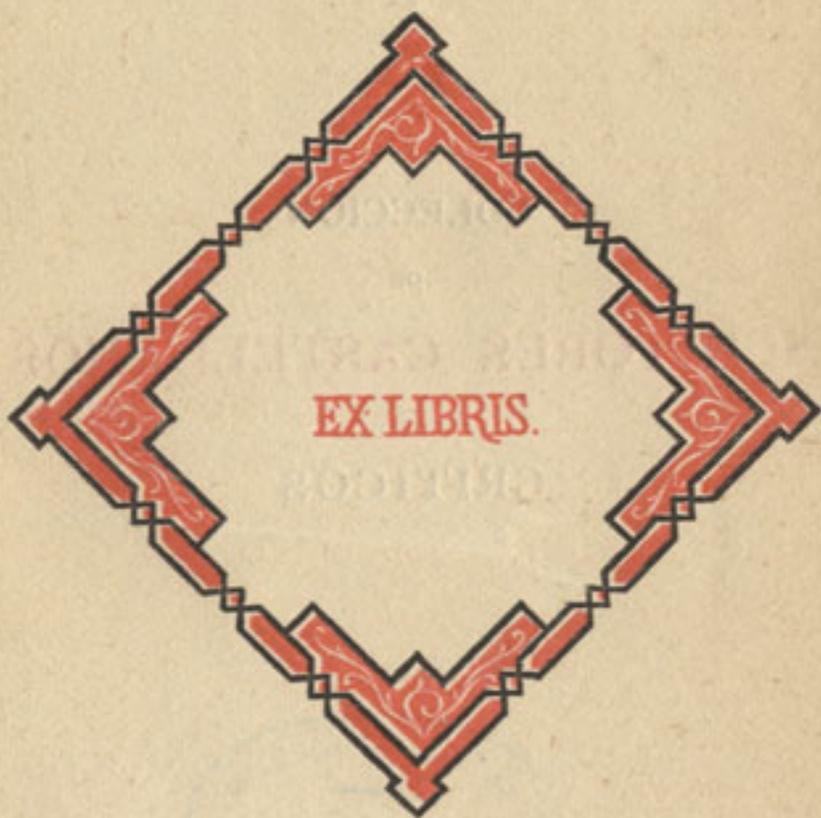
1883

SOLO
DE



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS
—
CRÍTICOS





EX LIBRIS.

«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO

TIRADAS ESPECIALES

25 ejemplares en papel China.....	<i>1 à XXV</i>
25 » en papel Japón.....	<i>XXVI à L</i>
100 » en papel de hilo.....	<i>1 à 100</i>

XXV
L
100



EL SOLITARIO.

Serafin Estuardo
Calderon



«EL SOLITARIO» Y SU TIEMPO

BIOGRAFÍA

de

D. SERAFIN ESTEBANEZ

CALDERÓN

Y CRÍTICA DE SUS OBRAS

por

DON A. CANOVAS DEL CASTILLO

*Director de la Real Academia de la Historia,
individuo de número de la Española, de la de Ciencias
Morales y Políticas y electo de la de Bellas Artes
de San Fernando, Miembro de la Real Academia de Ciencias,
Letras y Artes de Bélgica,
Presidente del Ateneo de Madrid, &c., &c.*

TOMO I



MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, núm. 22

1883

4629-C



Seminario de San Noya

VALADARES

615726125

BIBLIOTECA

THE POLY-AMINO-ETHYLENE

BIOGRAPHY

OF ERNEST RUDOLPH

W. B. BAKER

THE A. G. VAN DER BEEK

TOME I

1904

MADRID

W. B. BAKER

1904

W. B. BAKER



CAPÍTULO PRIMERO.

«EL SOLITARIO» ESTUDIANTE.

SUMARIO.—Motivo de que lo que empezó prólogo haya parado en libro.—Nacimiento de D. Serafín Estébanez Calderón.—Diferentes modos de escribir el primer apellido.—Su niñez, su adolescencia, sus primeros estudios, sus travesuras y su pronta aptitud para la poesía.—Estudios mayores en Granada.—Sucesos de 1820.—Primera poesía impresa, no á su nombre, sino bajo el seudónimo de *Safinio*.—Estébanez no fué nunca revolucionario.—Sus inclinaciones arcaicas, y sus sentimientos tradicionales y monárquicos.—Causas de su afición á Granada, y tempranas distinciones que en aquella Universidad alcanzó.—Principios de su carrera oficial en Málaga.—Invasión francesa y cambio político de 1823.—Consecuencias que tuvieron para Estébanez.—Su purificación.—Recíbese definitivamente de abogado.—Fiestas andaluzas y libros viejos castellanos.—Estudios y ocupaciones de Estébanez en general, desde 1824 hasta que en 1830 se vino á Madrid.

LA tarea que emprendo ahora, lejos de enojosa, es para mí agradable por todo extremo. Ninguna otra podría abrir tan ancho campo á mis recuerdos, ni despertar emociones tales en mi corazón. No es, en verdad,

esta la primera vez que trate yo del autor de las *Escenas Andaluzas* y tantas otras obras eruditas ó ingeniosísimas; antes bien he aprovechado toda ocasión para poner de relieve su mérito, patentizando así la gratitud, que más que la sangre, me ligó con él en vida. Mas esto ha sido con brevedad hasta aquí, y sin formal propósito de dar á conocer su persona, ó examinar sus trabajos, porque nunca me hallé, si no es ahora, con espacio ni tiempo para ello. Soy, en el entretanto, quien más de cerca le ha conocido, con mayor intimidad y por más largo número de años, de cuantos pudieran tomar este encargo sobre sí; y por eso mismo, á no dudar, quiso que lo desempeñara yo el ilustrado editor de la nueva COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS. Fácilmente se entenderá por lo expuesto, que, prestándome al suyo, satisfago á la par un deseo propio.

No teman los lectores que mi antiguo y nunca olvidado afecto me impulse á escribir una ciega apología en vez de lo que hay derecho á esperar, que es un trabajo biográfico y crítico, fundado en la verdad pura é inspirado en sinceras convicciones. Por mucho que quiera y respete la memoria de mi insigne deudo, tengo sobradas

obligaciones propias para olvidarlas ó sacrificarlas en provecho de nadie. No soy ya un principiante ni un desconocido; y cuando voluntaria y deliberadamente me pongo á discurrir delante de mis conciudadanos, ningún interés cabe en mí que pueda igualarse al de adquirir ó conservar su estimación. Diré no más que lo que sé y pienso. Por falta de noticias ó por no tenerlas buenas, por defecto de gusto ó por falsos principios de crítica, podré errar y erraré de cierto algunas ó muchas veces: de propósito, jamás.

Lo que más temo es si llevarán los lectores á mal que haya dilatado tanto estas páginas. Comencé un prólogo, y me ha salido un libro, que ya es fuerza imprimir aparte, aunque forme cuerpo con los volúmenes de obras escogidas de Estébanez, que sucesivamente van á darse ahora á luz. De este exceso, ingenuamente solicitan perdón el cariño y el agradecimiento, que llevaron más lejos que pensase yo propio, mi pluma. Muchos se contentarían, y no sin alguna razón, con tener exacta pero breve noticia de la vida del autor, dejándoseles que le juzgaran por sí mismos, con presencia de las páginas que escribió, y al presente se les van á ofrecer, bastante

más sabrosas que las de ningún crítico, y las mías, por de contado. Pero una de las más gustosas novedades de la moderna crítica consiste, y es bien sabido, en presentar de modo las cosas, que se vea al autor al través de sus libros, y se interpreten y expliquen íntima y totalmente los libros por la vida misma del autor. Las circunstancias, según ya he dicho, me permiten cumplir tal propósito con mucho menor trabajo que necesitarían otros, y en eso no más fundo esperanzas de que mi obra se lea con algún interés.

Nació D. Serafín Estébanez Calderón en Málaga, á 27 de Diciembre de 1799, y fué bautizado en la iglesia parroquial de San Juan, de aquella ciudad, el postrer día del año. Su padre se llamó D. Francisco, su madre doña María Calderón. No hay total conformidad entre el apellido paterno con que se le bautizó y el que aquí pongo; antes corre escrito de maneras distintas, y, con ser el de mi abuela materna, quizá no parezca á todos que yo acierte. Estas cuestiones sobre el modo de escribir los apellidos de hombres célebres, no son raras aún, y en otro tiempo eran frequentísimas. Pienso yo que el de nuestro autor deba escribirse «Estébanez,» por

ser patronímico de Esteban, y derivado de este nombre helénico, al modo mismo que se dijo Esteve, Estévez, ó Stébaniz, allá en los albores de la Edad Media. Pero D. Francisco Guillén Robles, historiador de Málaga, y diligente biógrafo de sus hijos célebres, apoyándose en el texto de la partida bautismal, le apellida Estebanes¹, que ahora se escribiría Estebanés; esto, y más bien Estevanes ó Estevanés, rezan las firmas autógrafas del interesado, que parece como que traen aparejada ejecución, y no de otra suerte oí yo siempre, por último, acentuar y pronunciar en Málaga el apellido de la familia. Fuerza es advertir, no obstante, que el de que se trata no es exclusivamente propio de ella, ni sólo malagueño, sino castellano; y, según las reglas de formación de los apellidos en Castilla, no cabe negar que deba escribirse cual lo escribo yo ahora. La lección Estébanes, y la lección Estevanes, acentuando Estevanés, que es la más corrompida, aunque nuestro autor la prefiriese, procede, á no

¹ Véase su curioso folleto intitulado «Biografías de algunos célebres literatos que pertenecieron al ilustre Colegio de abogados de Málaga.» Imprenta de Carreras é hijos, 1876. Dicha biografía contiene naturalmente noticias que tengo yo en esta que incluir también, aunque bastante más ampliadas.

dudar, de un uso erróneo , legitimado , hasta cierto punto , por el tiempo. Debióse inclinar á ella aquel docto hijo de Málaga, por el poder de la costumbre, ó por innato apego á cuanto venía de antiguo, cosa en él característica, según he de decir más de una vez.

Era la de Estébanez ó Estebanés , sea como quiera, familia de cortos haberes en general, mas no sin algunas ínfulas de linajuda , que nunca faltaron en nuestro escritor , por lo cual vino al cabo á ser una de sus más decididas aficiones bibliográficas la de los Nobiliarios y Genealogías. Remedió en él lo de la corta hacienda el feliz acaso de que en su temprana orfandad le diesen amparo unos tíos bastante acomodados, debiendo á ellos, no sólo la instrucción primaria esmeradísima que , en compañía del célebre periodista D. Andrés Borrego , D. Antonio de Miguel , que ocupó luego una perspicua posición política en Málaga, y otras personas muy conocidas allí, recibió de D. Antonio Recalde, sino sus estudios de humanidades y filosofía, y por fin la carrera de abogado , con que tan altos empleos había de desempeñar en la nación. Bien recuerdo yo aquella santa tía suya, llamada doña

Isabel, en quien halló segunda madre, y de quien fué, no ya querido, sino adorado. Sonaba su nombre á todas horas, sin que lo empeciese la larga ausencia, en la casa propia de esta buena señora, situada en la estrecha calle moruna que se titula *de San Bernardo el Viejo*, por lo cual con exactitud completa dice el laborioso Guillén que allí era donde solía vivir cuando estaba en Málaga; y oíalo yo pronunciar, en mis primeros años, con aquella curiosidad y veneración, que no sé si á todos, pero á los niños de provincia inspiran, luego que saben leer, los de las personas que figuran en portadas de libros, ó cualesquiera otros papeles con letras de molde. Pero, fuera de aquel modesto lugar, y de algún aposento honestísimo, donde vivía ya perenne su memoria, poco ruido hacía por entonces su nombre entre los habitantes de la ciudad, bien que más de una vez hubiera figurado en candidaturas electorales.

Tal fué siempre su suerte. Ni allí, ni en Madrid, ni en España, llegó á tener nunca popularidad, ni en puridad logró, ni ha logrado aún, la reputación literaria que merecía, y de muchos sin tanta razón alcanzada. Varias han sido las

causas, que ya irán asomando sucesivamente en el curso de estas páginas.

Tocante á Málaga, es justo ante todo tener en cuenta que no fué allí donde hizo Estébanez sus más altos estudios, ó hubo de dar las mayores muestras de su temprano y extraordinario talento. He hallado, sin embargo, entre sus papeles cierta relación de sus primeros años, escrita en no malas redondillas, que le dedicó más tarde en son de cariñosa memoria uno de los malagueños de su tiempo, cuyo nombre me duele no saber; y de este curioso documento voy á copiar algunos versos, por donde se ve que no se le tuvo nunca en su patria misma por sujeto vulgar. Dice así el poeta apologista, ya que no biógrafo:

«Cuando, á las nobles orillas
Del Mediterráneo mar,
Safinio, solías cantar
Su hermosura y maravillas;
Del Guadalorce las bellas,
Admirando el dulce son,
Te abrieron el corazón
Que ablandaran tus querellas;
Y de arrayán y de rosas
Fresca guirnalda tejieron,
Y tierno galardón dieron
Á las cantigas sabrosas.

Otras veces, entre ruinas
De púnica fortaleza,
De tu vigor y destreza
Diste pruebas no mezquinas.

La arena que señorea
El tiro de Gibralfaro,
Te aclamara, amigo caro,
Triunfador en la pelea....

Aún me parece te veo
¡Oh gallardo campeador!
Lanzar con fiero boleo
El guijarro silbador,

Y, desgreñado el cabello,
Torvos los árabes ojos,
Centellas lanzar de enojos,
Descompuesto el rostro bello,» etc.

Por lo que hace á la belleza varonil, y un tanto arábiga, algo debía de haber de cierto, que aún se le conocía en edad madura y provec-ta; y su intervención, honda en mano, en las *pedreas* ó *apedreas*, del entonces abandonado casti-llo de Gibralfaro, aunque muy señalada, á lo que parece, nada tiene de escandalosa, atendiendo á que en todo tiempo ha florecido, y todavía flo-rece en Málaga, ese género de belicoso ejercicio, variando sólo los campos de batalla, pero no las armas, la táctica ni el peligro de los transeuntes que, sin querer, aciertan á presenciarlas. Aparte

de lo que de mí propio podría sobre ello decir, si viniese á cuento, guardo fresca la memoria de una tarde, no muy lejana, en que, siendo yo presidente del Consejo de Ministros y paseando con el Gobernador y el Alcalde á los lados, que no era andar solo precisamente, hube de echar mano de prudentes precauciones para no ser lastimosamente descalabrado en una de tales lides, por los traviosos sucesores del autor de las *Escenas Andaluzas*, y de otros menos ilustres campeones y hombres de letras. Pero, según el apologista refiere, pulsaba ya aquel ingenio la lira, con el seudónimo de *Safinio*, cuando no había dejado de bolear guijarros con la honda todavía, por manera que á un tiempo mismo se nos aparece hiriendo los corazones de las hijas del Guadalorce y Guadalmedina con sus tiernos versos, y amenazando ó magullando las cabezas de los propios hermanos, ó deudos de ellas, positivamente confundidos, dada la democracia que allá reina, sobre todo entre muchachos, con los más desarrapados héroes de los barrios ó de la playa. No deja tal noticia de ser curiosa realmente, y merece aquí lugar, porque demuestra cuán temprana afición

tuvo *Safinio* á la métrica, y cuán inesperados debieron ser sus infantiles triunfos poéticos. Pero por mucho que en el entretanto, y alternando con divertimientos tan heterogéneos, pudieran enseñarle los buenos clérigos menores establecidos en la iglesia de la Concepción de Calle Nueva, en especial los Padres Cordero y García, á quienes con tanto gusto señalaba más tarde como sus primeros maestros en artes y ciencias si se le pedían noticias de su educación literaria, lo cierto es que los más vivos de sus recuerdos personales, bien transparentes en sus primitivas obras, claramente dan á entender que no fué sino en Granada donde descubrió, desenvolvió y patentizó las múltiples y singulares aptitudes que tan alto habían de poner un día su nombre.

Sólo en la antigua capital del poderoso reino musulmán, donde estuvo enclavada Málaga, pudo hallar á mano los copiosos libros que su sedienta aplicación necesitaba; allí, sin duda, probó el placer inefable de ver celebrados por gente docta sus versos; allí conquistó los lauros que durante el año de 1819, cuando no alcanzaba aún veinte años, le hicieron digno de subir á la cátedra de lengua griega, y tres años después á la

de retórica y bellas letras. La pasión por las crónicas, por los romances, por las comedias antiguas y por la literatura árabe que llenó luego su vida entera, allí hubo de determinarse también y echar raíces.

Málaga, en el interin, la ya trabajadora, fecunda, y entonces y siempre deliciosa ciudad, en que él nació cual yo he nacido, poquísimos ó nada de eso le podía ofrecer. Las letras que ella cultivaba, como burlescamente solían decir hasta poco ha sus propios hijos, no eran otras que las de cambio. No tenía Universidad, ni más cátedras que las de los conventos, ni más escuelas que las de instrucción primaria. Ni hace largos años que poseyese sólo una librería particular, algo numerosa, la del padre de los dos hermanos Oliveres, Obispo ahora el uno, bibliotecario el otro, y ambos dignos individuos de la Academia de la Historia. Tampoco había allí más que otra, con cierto carácter público, la obispal, donde, entre viejos *in folios* de teología y cánones, se hallasen algunos clásicos latinos, y tal cual crónica ó libro viejo de literatura castellana. Tanto y más que de las precisas obligaciones de su carrera, dimanaron de esto sin duda, y muy

naturalmente, las muchas ausencias que de Málaga hizo Estébanez, y que desde temprano fueron alejándole de la memoria, si no del aprecio de sus paisanos.

Pero justamente se hallaba por acaso en su ciudad natal, después que tomó en Granada su grado de bachiller en derecho, corriendo Abril de aquel año, cuando, triunfante la sedición militar de las Cabezas, sobrevino el cambio político de 1820.

Todo el mundo sabe que desde la reacción durísima, y además injusta, de 1814, las pasiones políticas, lejos de decaer, se habían ido encendiendo, aunque en secreto, cada día más. La mayor parte de nuestra juventud estudiosa abrió sin reserva el pecho entonces á las dulces, bien que peligrosas esperanzas, que el matutino crepúsculo de la libertad por donde quiera despierta naturalmente. No era popular, ni mucho menos, la obra de los legisladores de Cádiz; pero se les trató primero de tal suerte y se les aventajó después tan poco en el arte de gobernar, que, antes de mucho, se olvidaron sus yerros. Por otra parte, los que de resultas de la dominación extranjera no habían experimentado in-

mediata y directamente las decepciones que, en su incompleto ejercicio, suele ofrecer el régimen parlamentario, y todos aquellos, bastante numerosos también, que á causa de la índole de sus estudios estaban más ó menos familiarizados con el espíritu de la revolución francesa, tardaron poco en echar calurosamente de menos lo que con tamaña indiferencia viera morir poco antes casi toda la nación.

No bastaron los castigos para contener el empuje de la opinión contra el restablecimiento del gobierno absoluto, distinguiéndose en el desencanto, cual he dicho y era natural, los más y mejores de los jóvenes de la época. Entre los de Málaga no dejaba ya de haber sus liberales ardientes antes de la insurrección de Riego, los cuales tuvieron conciliábulos y hasta conatos de constituir sociedades filosóficas y políticas, que, si no masónicas, participaban algo de su naturaleza, por ser forzosamente secretas. Confidencias de alguno de los condiscípulos y compañeros de Estébanez me han puesto en el caso de conocer la conducta de éste en aquellas circunstancias, poco favorablemente juzgada por los fautores de tales sociedades y conciliábulos. Ne-

góse nuestro poeta á tomar en ellos parte, después de naturales vacilaciones, porque no hay más difícil cosa que separarse de la corriente que arrastra á los demás, sobre todo en la edad juvenil. Según mis noticias, fundóse su desistimiento en que podían ser descubiertos, ocasionando con esto al buen tío que lo protegía disgustos, y acaso riesgos; y para mí, dado su buen corazón, era el motivo bastante. Pero todo lo que observé y he sabido de él me inclina á sospechar que no fuese el único. No: en el fondo, y aunque no todos los días ni en todos los instantes se sustrajera al influjo de sus contemporáneos y de las circunstancias, Estébanez no participó de las ideas liberales exaltadas, entonces ni nunca, cual iremos viendo.

Mas con esto y todo, es indudable que, estando en Málaga de vacaciones al estallar la revolución de 1820, tuvo un momento de particular condescendencia con las ideas vencedoras; ó bien dejándose llevar del entusiasmo contagioso, por lo mismo que irreflexivo y espontáneo, de la muchedumbre, ó bien por no desperdiciar la ocasión, que todo podría ser, de que su musa, casi solitaria á la sazón en Málaga,

obtuviese allí vivo aplauso. Vocaciones políticas conozco yo, y muy célebres, de parecido origen. Fuese una ú otra la causa, ello es que en la antigua imprenta malagueña de Carreras dió entonces á luz, bajo el seudónimo de *Safinio*, que sabemos ya que usaba, una oda septisílaba, con el título de *El listón verde*, obra, si más literaria, no menos liberal que el himno de Riego. Conservó un ejemplar, quizá único, y no sé si con conocimiento del poeta, cierta amiga suya, de ilustre prosapia, que hasta su muerte, no ha mucho ocurrida, profesó desinteresado y dulcísimo culto á la memoria del cantor de *El listón verde*; y, no sin referir esta procedencia, la ha reproducido el Sr. Guillén y Robles en su ya citada biografía.

He aquí versos del tal romance, que, si no me equivoco, fué lo primero que el nuevo poeta tuvo la dicha de leer y releerse en letras de molde:

«Enlaza en mi cabeza
El dulce listón verde,
¡ Oh bellísima Elisa !
Con tu mano inocente,
Y harás que el lindo lazo
Me circunde la frente,

Grabando en él por lema :
Constitución ó muerte.
Tan cívica divisa
Á todos enardece ,
Y al oirla , en las venas
La roja sangre hierve.
Ya el guerrero á la cinta
Del casco la suspende ,
Ya del pendón la atan
Las formidables huestes.
Las jóvenes hermosas
La bordan impacientes ,
Y con feliz donaire
La ciñen á sus sienes.
La libertad sus labios
Los entreabre alegres ,
Y al pueblo : ¡libre, libre!
Repite con voz fuerte.
Á este acento , cual trueno ,
El solio se estremece ,
Los déspotas se humillan
Y el orbe se conmueve.»

Por de contado que no debía ser otra que esta Elisa, la señora que tan cuidadosamente guardó la composición. Y de seguro no haría yo mérito de ella por el corto que tiene, á no ser porque, sin alguna explicación mía, pudiera pasar por testimonio de que Estébanez profesó verdaderamente en su juventud ideas con exceso liberales ó revolucionarias. Los *listones verdes* os-

tentaban, con efecto, en letras negras, sendos lemas que decían *Constitución ó muerte*, así en 1820, como en 1835 y 1836, época en que los alcancé yo á ver. Para celebrarlos debidamente, tenía, por tanto, que mostrarse muy exaltado el poeta, so pena de quedar por debajo del asunto, y una vez puesto á ello, muy otro debió ser naturalmente el deseo del cantor. Esto sentado, no ha de causar ya sorpresa que tales versos hablasen de déspotas que se humillaban y tronos que se estremecían no bien divisaban los listones verdes; cosa la última que á muchos sujetos pacíficos vi yo de niño que les sucedía realmente, sin tener la menor partícula de déspotas ó tiranos. Pues que todo lo más ilustre y generoso de la nación participó entonces de iguales sentimientos, según sabemos, no me pasa por la mente el pedir aquí indulgencia para el juvenil poeta. Tan sólo el deseo de ser en todo exacto me obliga á decir que, fueran cualesquiera sus condescendencias con las opiniones reinantes, no ha habido hombre en el mundo menos propenso á ideas revolucionarias que Estébanez, en quien la pasión por lo tradicional y antiguo, no más que por serlo á las veces, constituyó desde la pri-

mera edad como una parte de la existencia.

Ni fué ello, no, fruto de la experiencia, de los desengaños, del descreimiento, que á tantos otros personajes famosos movieron más tarde á desertar de las avanzadas del liberalismo español, yendo á formar la naciente hueste moderada, cuando no los llevase todavía más lejos el arrepentimiento. Échase en tales casos de ver, durante la vida toda, un cierto desasosiego de conciencia, que se revela en el reverdecimiento más ó menos fugitivo de la pasión, con que siempre se llega á realizar, cuando no es vilmente interesada, la apostasía. Estébanez, por el contrario, era todo indulgencia en la vida ordinaria con aquellas personas que, por la exaltación de sus ideas liberales, más lejos estaban de compartir las suyas propias. Si más adelante le oímos hablar á veces con cólera de los revolucionarios españoles, ya se advertirá fácilmente que era porque, encontrándoselos como autoridad enfrente, su deber le mandaba sostener empeñada lucha con ellos; y todavía más cuando, no sin razón, recelaba, ó veía claro, que las impacencias y las conspiraciones incessantes acabarían por comprometer el triunfo

de la causa de la Reina Isabel, que abrazó con tanto entusiasmo, así como el restablecimiento de la paz. Entonces, sí, sus convicciones monárquicas y autoritarias se exaltaban momentáneamente, inspirándole, al tiempo mismo que clarísimos y profundos juicios, ya severas reflexiones; ya invectivas elocuentes. Mas pasadas las circunstancias ó el momento crítico, desvaneciase todo espontánea y rápidamente.

La pasión política no le dominó nunca en realidad: primero, porque tenía un género de afición á las letras que relegaba á lugar subalterno cualquiera otra preocupación de su espíritu; y segundo, por la moderación de su juicio, que, en medio de la viveza del carácter, no le consentía ir jamás á ideas ni resoluciones extremas. Que si alguna vez halagó la ambición del poder su fantasía, cosa poco menos que inevitable donde tantos sentían sus ardientes estímulos que era preciso estimarse en poco para dejar de todo punto de sentirlos, sin duda pasaron por él tales propósitos cual nubes veraniegas, porque nunca tuvo la perseverancia, ni el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano ó más tarde, las

tristes satisfacciones de la ambición política.

Bueno es añadir, para darle á conocer del todo en la materia, que el tradicionalismo de Estébanez nada tenía que ver con el religioso ó filosófico de algunas escuelas; que nadie ha sido en este mundo menos dado que él á las ideas puramente especulativas. Ni mucho menos con el de cierto partido español, contra el cual luchó ardientemente, y no sin riesgo de la vida, cual se verá. Era un modo de ser habitual, probablemente derivado de su constante y casi exclusiva afición á nuestros viejos libros, hermano gemelo del arcaísmo delicioso de su lenguaje y estilo, que solamente podían parecer afectados á quien no le conociese bien, dado que en él eran espontáneos y naturalísimos. No ya el pensar y el escribir, sino el vestir algo á la antigua, estaba lejos de su mano el remediarlo. Poco más difícil habría sido persuadirle de que se despojara voluntariamente de la propia piel, que de su gran capa azul en el invierno y mucha parte del verano, no ya cuando viejo, sino en lo mejor de su edad. Para ser, pues, revolucionario, liberal avanzado, monárquico tibio, enemigo de las ideas y de las instituciones católicas, tenía que

haberse formado literariamente de distinto modo, trocarse en otro que era, y ser un hombre y un escritor diferente. Claro es, sin embargo, que el trascurso del tiempo, encerrándole más y más cada día en el círculo de las ideas y las palabras exclusivamente españolas, fortaleció este modo de ser en él, hasta hacerlo inquebrantable, y que lo que es *El listón verde*, por móvil ninguno hubiera vuelto á escribirlo después de los treinta años.

Verdad es, y ya lo he dicho, que aun en 1820 pudo muy bien inclinar su espíritu á aquella indudable inconsecuencia, la sed de notoriedad y aplauso que suele devorar á los jóvenes. Nada añadiré á lo de las vocaciones políticas; pero sí he de observar también que yo mismo, si mal no recuerdo, he conocido versificadores principiantes, capaces de alegrarse de cualquier noticia lastimosa, con tal de hallar asunto en ella para una composición elegíaca. Tal es la ciega pasión del éxito en los primeros años, por regla general. Pero ello es, en fin, que nuestro poeta se tornó bien pronto á Granada para continuar sus tareas universitarias, y allí concluyó su carrera de abogado, incorporándose en 1822 al Colegio de Málaga.

No por haber vuelto á sus hogares, y abandonado sus queridas aulas de Granada, dejó de mano el nuevo colegial los estudios. Dotado de prodigiosa memoria, no era fácil que ningún otro escolar le sobrepujase en los exámenes, ó que hallase en las oposiciones ventajoso competidor. Así se comprende que, hallándose en Granada todavía, durante la primavera de 1822, ganase por oposición aquel mismo otoño la cátedra de Retórica y Bellas Letras del Seminario de Málaga. Pocos días antes había sido nombrado ya promotor fiscal del propio obispado. Muy distraído debía, pues, de andar en estas primeras ocupaciones de su carrera, cuando, precipitándose los sucesos políticos, sobrevino la nueva invasión francesa, y tras ella la doblemente enconada reacción de 1823.

La vida política de Estébanez, comenzada con sus versos á *El listón verde*, y suspendida ú oscurecida después por tal manera, que no se encuentra más rastro de ella en los tres años siguientes, que el de haber sido uno de tantos milicianos nacionales, súbitamente renació con motivo de la reaparición de los franceses y del restablecimiento del poder absoluto, aunque sin

grandes particularidades ni por mucho tiempo. Todo el mundo ignora, y no fué poca dicha suya que de 1823 á 1830 se ignorase, que al saber la entrada de Angulema en España, escribió un romance, hallado entre sus papeles, del que dan suficiente idea los siguientes versos con que comienza y acaba :

«Si las hordas del Norte
 Traspasan nuestras lindes,
 Lidiemos cual valientes,
 Muramos como libres,

 Pues quiere el Galo impío
 Profanar nuestras lindes,
 Truenen las roncadas cajas
 Y clamen los clarines.»

Si hubiera de dar fe á cierto papel que tengo á la vista, su furor contra los invasores le llevó hasta á salir á campaña contra ellos, siendo hecho prisionero en un encuentro ocurrido cerca de Vélez-Málaga; pero por razones de buena crítica dudo que el hecho sea enteramente exacto. De todos modos, su ardor contra los franceses debió de ser tan extremado cual indican sus versos, porque era consecuencia natural de su españolismo neto, intransigente y exagerado. Ni-

ño aún, había asistido al infausto 5 de Febrero de 1810, en que las temerarias turbas malagueñas, acompañadas de poquísima fuerza militar, osaron salir al encuentro de la caballería imperial, á campo abierto. Necesariamente arrolladas allí en breves instantes, dieron lugar á que el enemigo manchase su fácil victoria con el saco, y con violaciones, asesinatos y todo género de excesos. Tomó parte principal en aquel desesperado combate mi abuelo materno, veterano y valeroso oficial, mal curado aún de las quemaduras que recibiera en las famosas baterías flotantes de Gibraltar, de donde, según escribió más tarde Estébanez, pudo salvarse ganando á nado la tierra, para morir luego, no lejos de la ermita de los *Martiricos*, atravesado por muchas lanzas. Este inmediato recuerdo de familia, y el del espectáculo de horror que ofreció Málaga vencida, eran para acalorar cualquier corazón entusiasta, cuanto más el de Estébanez, tan ciegamente patriótico en todos tiempos. Nada tendría así de extraño, después de todo, que el hecho mismo de salir á campaña, que pongo en duda, fuera cierto. Lo que no cabe negar es que por el mes de Marzo de 1824 pisaba, como tantos otros

españoles, el suelo de Gibraltar, que esto dice una carta original suya, de que han de tener conocimiento íntegro los lectores más adelante. Allí se despidió de su condiscípulo y amigo don Andrés Borrego, verdadero emigrado á la sazón, y á quien no volvió á ver sino muchos años después.

Hállase por raro caso entre sus papeles una carta de Diciembre de 1824, en que se le habla de la necesidad de recoger en cierta escribanía el testimonio del pasaporte que obraba en la *causa de emigración*, para que sirviese en la de las *cartas anónimas*, lo cual puede significar tres cosas á un tiempo: que á Gibraltar marchó, sea como quiera, con pasaporte, que hubo luego de presentarlo en una causa de emigración que se le formó para probar sin duda que no había emigrado, y que á la sazón tenía pendiente otra causa por cartas cuyo escondido autor andaba la justicia inquiriendo. Tiempos difíciles eran aquellos, á la verdad. Y aunque no fuera Estébanez, ni con mucho, de los que escaparan en ellos peor librados, pues no parece que de tales procesos le resultase daño alguno, bastó que tomara el título de abogado durante el período anterior, para que la Junta de

gobierno del Colegio de Málaga le señalase entre los tres de aquella ciudad que estaban obligados á pedir rehabilitación. Pidióla, y la obtuvo, según sabemos por el Sr. Guillén y Robles, que tan curiosas noticias de abogados malagueños ha dado á conocer. Tampoco parece que en purificarse, con su juramento y declaración, formalidad llevada á cabo con arreglo á la famosa real cédula de 1824, hallase entorpecimientos.

No consta, en resumen, por documento alguno, ni de ello le oí nunca lamentarse, cuando muchísimos otros se lamentaban todavía, que hubiese padecido contratiempos graves á causa del restablecimiento de la monarquía absoluta. Sin duda la notoriedad de sus sentimientos antirevolucionarios, y su natural desapasionamiento político, hicieron olvidar, ó que se le perdonase *El listón verde*, y aun la charretera que llegó á lucir de oficial en la Milicia ciudadana. Si de todos modos se le hubiera preguntado á Estébanez por lo que había hecho, durante aquella rigurosísima reacción monárquica, también él habría podido responder, como en frase verdaderamente auténtica un abate célebre: *He vivido*. Ni eran para más los tiempos.

Cuáles fuesen los pensamientos y sentimientos de Estébanez en el ínterin, no hay que adivinarlo, que bien los patentiza el soneto que sigue, y guardó inédito :

«Á ESPAÑA EN 1824.

Si hasta en leve perfil la blanca luna
Su disco hermoso amengua en el Oriente,
Pronto torna á llenar su faz luciente,
Y en su propio sepulcro encuentra cuna.

No hay en la esfera azul estrella alguna,
Aunque el eclipse manche su alba frente,
Que limpia al fin no espere en su creciente
Los cielos abarcar con su fortuna.

Tú solo ¡ay! desquiciado de tu cumbre,
Astro de España, fuistes por la suerte
Para no más regir la alta techumbre :

Mas antes que mis ojos puedan verte
Planeta de otro sol, sin propia lumbre,
Abra su abismo y trágueme la muerte.»

Por donde se ve que ni el peligro de que descubierta el soneto se le tuviese por incorregible revolucionario, ni el abatimiento común de los ánimos entonces, bastaron á refrenar las iras de su Musa contra la intervención francesa, deplorándola con mayor ahinco que la ruína del sistema constitucional. Nada más propio de su íntima y constante manera de pensar.

Recibido al cabo definitivamente de abogado en la Real Chancillería de Granada, á 12 de Diciembre de 1825, abrió luego bufete en Málaga; pero no creo que trabajara, ni ganase mucho en él, que no le había llamado Dios por camino tan opuesto al que abren á los hombres de su especie los gallardos vuelos de la imaginación. Otra atención, otra laboriosidad, otra paciencia, otro espíritu de análisis, exige la práctica profesional, que poseyese el novel abogado. Aquella estudiosa pereza, que merece un puesto entre las mayores que se conocen, ordinariamente padecida por los hombres de letras, debía de inspirar ya entonces á Estébanez poco menos que invencible repugnancia al papel sellado, y aun á todo lo meramente práctico y vulgar. Tratárase de acometer cualquiera empresa que juzgase grande, extraña, ó, por cualquier estilo, llenara y alentara su fantasía, y bien pronto veríamos á nuestro hombre activo, incansable, valeroso, hasta aventurero; de todo lo cual ofreció su vida concluyentes pruebas más adelante. Si no salió, era muy capaz, por ejemplo, de salir á campaña contra los franceses. En cambio, la prosaica constancia del bufete no la debió

nunca de tener, ni en eso de la perseverancia en la acción pudo servir de dechado por ningún estilo, que antes bien su impaciencia era habitual, invencible, y creo yo que fisiológica.

Mas si desde 1824 ó 25 hasta 1830, año en que todavía formaba parte del Colegio de abogados de Málaga, dejó de constituir, por las razones dichas, un buen bufete, no perdía el tiempo, ni mucho menos. Durante aquel periodo de recogimiento y silencio público, fué, á no dudar, cuando se maduró como hombre y escritor, cuando ejercitó y enriqueció más sus sentimientos, cuando dió, en fin, rienda suelta á su espíritu, profunda y asiduamente observador, no tanto á la verdad de lo interno ó subjetivo como del mundo exterior ú objetivo. Y, sin embargo, la realidad comenzó desde muy temprano á representársele en la imaginación de una manera exclusivamente suya, individual, originalísima, por donde su personalidad á cada instante se descubre luego en el fondo de sus obras, sellándolas con alto relieve y cifras eternas.

Dos clases muy distintas de la sociedad compartieron la atención del futuro escritor de cos-

tumbres en Málaga, desde 1824 hacia adelante: la más rica ó hidalga, si no verdaderamente aristocrática, por haber tenido ésta siempre escasísimos representantes en aquella ciudad, y el pueblo ínfimo, ó sea la gente denominada á veces del bronce. Figuró en la primera entre los *paquetes* y *lecbuguinos*, que era el apodo que llevaban los elegantes de la época; y tengo en poder mío una satírica semblanza de los más principales de sus paisanos, escrita por aquel tiempo, donde él aparece entre otros muchos camaradas y amigos, comenzando por D. Miguel Imaz, que era el más íntimo, siguiendo los Piédrolas (D. Manuel y D. Juan), Ordóñez (D. José), Lachambre, Heredia (D. Martín), Portal, Oyarzábal, Abadía, Torriglia, Parladé, y Reina, con algunos otros, cuyas familias existen todavía. De Estébanez, en particular, dice la semblanza, que era «abogado y literato moderno, y compañero perpetuo de Imaz; pero que desconocía las escribanías y procuras cuando se sublimaba, aunque tenía talento é imaginación violenta,» con lo cual se ven confirmadas mis sospechas acerca de la escasa afición que el bufete le hubo de inspirar. Entre las señoras de la propia clase debie-

ron de nacer y florecer sus primeros amores, no ya sólo en Málaga, sino en Granada, desde que frisó en la adolescencia, que no pienso yo que fuera en esto tardío, ni para ejercitarlo faltan nunca, antes bien sobran los años. Mis noticias llegan hasta saber que fué más de una vez querido, y alguna con la especial firmeza y vehemencia que suele engendrar la admiración hacia un hombre en la naturaleza entusiasta del bello sexo. Pero de esto no debo hablar sino á propósito del único caso que natural y legítimamente hicieron público al fin las bendiciones de la Iglesia.

Lo cierto es que en Málaga, pues en Granada no pudo ser, aprendió á pintar entonces, y por maravilloso modo, á las mujeres hermosas, ya sobre la ribera, ya entre las olas del mar: de aquel mar Mediterráneo, siempre manso y purísimamente azul, delicioso en sus aguas, en sus arenas, en sus brisas, tan digno como el mejor de mecer las divinas Nereidas, y de que Venus naciera en sus espumas, más bien que en las de las islas griegas. Pero si fué, por fuerza, en estas contemplaciones poéticas, y su devoción á las encumbradas beldades malagueñas, donde se inspiró el precioso *poema* al Mar, de que hablaré más ade-

lante, no cabe tampoco ocultar que á otros muy diferentes espectáculos debió de asistir, y relaciones de índole harto diversa hubo de frecuentar, para adquirir el raro caudal de observaciones, y la copia de recónditas, singularísimas noticias sobre la vida popular, que ostentaron después sus artículos de costumbres. Tanto como los salones del alto comercio y los de los antiguos propietarios, que vivían aún en los solares, ó labraban las viñas y cortijos que á sus antepasados les tocaran en el repartimiento espléndido de la conquista, frecuentó Estébanez indudablemente los portales de las calles de los Mármoles y de la Victoria ó los de la Carrera de Capuchinos, en días de fiesta, cosa nunca mal vista en aquel país, si los cantadores ó cantadoras y las bailadoras y bailadores que allí lucen su mérito son de lo puro y neto de la tierra.

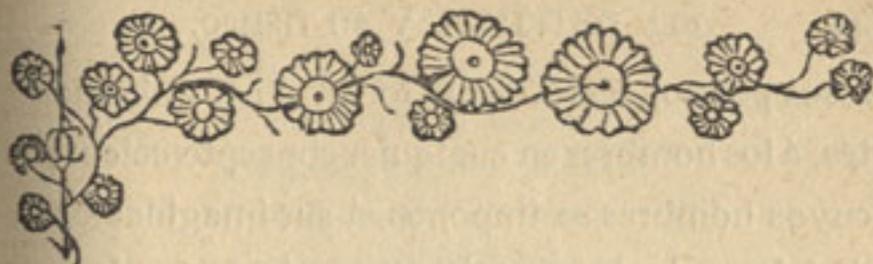
Quizá también las varias comisiones administrativas que consta que por aquel tiempo desempeñó en los pueblos de la provincia, le dieran ocasión para perfeccionar sus conocimientos y su gusto en la materia, oyendo y comparando estilos y voces, en aquel género de canto siempre diverso, y peculiar ú original siempre, y aque-

llas danzas tan ricas en inesperados y personalísimos primores. Es de cualquier modo evidéntísimo que Estébanez estudió del natural entonces *La Rifa Andaluza, El Roque y el Bronquis, La Asamblea*, y cuantas escenas de esa índole inmortalizó después. Todo, todo indica que durante aquel período de su existencia vivió Estébanez las más genuínas de sus *Escenas Andaluzas*, pues bien se echa en ellas de ver que no tan sólo están observadas, pensadas ó imaginadas, sino vividas. Y en conclusión: con varia y andante vida, tratando un poco de derecho, mucho más de poesía, y tanto y más de prosa, ya que de aquel tiempo debía también venir el profundísimo conocimiento que tuvo de los viejos poetas, y de los antiguos prosistas castellanos, en especial de aquellos festivos ó picarescos, que seguramente son los mejores de nuestro *siglo de oro*; sin abandonar por nada de eso la amena conversación y galanteo de las damas elegantes é ideales, pero no descuidando tampoco en lo más mínimo el trato y compañía de la gente gitanesca y regocijada, entretuvo Estébanez sus años hasta el de 1830, en que trasladó su residencia á Madrid.

Pero esto merece ya capítulo aparte, y al poner fin al presente me asalta el recelo de haber dado en él cabida á demasiadas minucias y pormenores biográficos. Permítaseme, pues, tranquilizar, con el recuerdo de otras obras por el estilo, mi propia conciencia. No son hoy raras, en las literaturas extranjeras, éstas que tienen por fin dar á conocer bajo todos sus aspectos á los escritores célebres, y en todas se encuentran iguales, semejantes y aun menores noticias. Mi error, si lo hay, consiste en reputar á Estébanez Calderón digno de la misma atención que en el mundo se presta hoy á los dichos y hechos de otros escritores. Pero yo pienso que entre los prosistas castellanos, poquísimos le igualaron durante nuestro siglo de oro; y si alguno le superó entonces, no tan sólo no le ha superado nadie, sino que, para mí, ninguno le ha igualado después. Tampoco creo que en la pintura de costumbres populares haya escritor extranjero que le aventaje, y ambas cosas juntas bastan y sobran para hacerle digno de cualquier privilegio que á la memoria de otros se otorgue. Partiendo de supuesto tal, escribo. Y bien me parece que pueda yo hacer por él lo que

muchos de los extranjeros han hecho por sí mismos, sin ser siempre los autores de confidencias ó autobiografías minuciosas, hombres como un Goethe ó un Chateaubriand, que con razón pasan por excepcionales.





CAPÍTULO II.

«EL SOLITARIO» POETA.

SUMARIO.—Razones seguras ó probables de la traslación de Estébanez á Madrid.—Sonetos de *Safinio* enamorado.—Escasa fecundidad de Málaga respecto á escritores de Bellas Letras, compensada, en parte, por eruditos y criticos: Leyva, Hidalgo, Ovando, de una parte; de otra, Alderete y Valdeflores.—*Safinio* convertido en *El Solitario*.—Primero y único tomo de poesías.—Examen y juicio de ellas, y del talento poética del autor, en general.—Poema ó colección de anacreónticas *Al Mar*.—Romances y Letrillas pastoriles.—Simultaneidad de la revolución literaria con la revolución política.—*El Solitario* cambia de asuntos y de manera en sus versos.—Los serios, y principalmente los dedicados á la *Corona fúnebre* de la duquesa de Frias, y al P. Artigas.—Las poesías festivas.—Posición de Estébanez en la corte de Fernando VII.—Lo que pensó y cantó sobre la América insurrecta.—Entibiase su afición á la poesía.—Su pronta y decidida adhesión á la causa de la Princesa heredera.—Ingresa en el bando cristino.—Sus fundados temores, y los de todos, de próxima guerra civil.

INDUDABLEMENTE dejó Estébanez á Málaga, como los más de los jóvenes de provincias las suelen abandonar: desengañados de alcanzar fortuna entre sus compatriotas; perseguidos por la ordinaria verdad del adagio de que nadie es profeta en su patria; anhe-

losos por conocer á los autores, á los gobernantes, á los hombres en cualquier concepto célebres, cuyos nombres se imponen á sus imaginaciones de lejos, desde que tienen razón natural; con deseo de respirar, en espacio más ancho, mejor atmósfera literaria; no sin esperanza, en fin, de medir ventajosamente con otros sus fuerzas, representando principales papeles en el mayor teatro de la nación. No debieron éstas de ser, no obstante, las únicas causas de la salida de Málaga de nuestro héroe, ni se despidió de ella sin melancolía, y hasta vivo y profundo pesar. Algunos años después pintaba él mismo los dulces recuerdos de infancia que allí dejó, en estos sentidos versos, de que he de volver á hablar, dirigidos á una *golondrina*. «Repítele, le dice, los propios ecos que te oía:

» Cuando el techo visitabas
 Que meció mi pobre cuna,
 Donde solicita el nido
 Colgabas, dándote ayuda,
 Con su paja los sembrados,
 Con búcaro la laguna:
 ¿ Mi pobre heredad, mi huerto
 (Responde, sí, á mis preguntas),
 Salvos del ábrego helado,
 Crecen en pompa y frescura?

¿Ó ajena mano, allanando
 La cerca, en ávida astucia,
 Mis pobos, sauces y almendros
 Encierra en la heredad suya?
 ¿Vive el moral do trepaba
 Al frente de pueril turba,
 Teñido el rostro y jugando
 En lid de donosas burlas?
 ¿Va murmurando el arroyo
 Entre espadañas y juncias
 Do su inspiración primera
 Bebió arrobada mi musa?
 ¿En el monte la capilla
 Alza su rústica cúpula,
 Y en la tarde la campana
 Tañe y las horas regula?
 ¿Por las noches el amante,
 Al levantarse la luna
 En el pórtico sombrío
 Cual yo vagaba, no cruza? »

Y no eran, no, estos sentimientos de modesto propietario, los solos que al partir le mortificaban. Estébanez salió de Málaga enamorado ya de verdad, y por modo tan firme y hondo, que pocos de los que le trataran y conocieran de lejos se lo podrían imaginar. Aquel hombre eternamente alegre al parecer, perenne fuente de chistes, que no semejaba vivir sino para gozar, más bien regocijado que satírico observador de malas costum-

bres, poeta cuando más bucólico y anacreónico hasta allí, sin ninguna pretensión subjetiva, ni la menor inclinación elegíaca, requebrador, decidor, dado á cantares, á bailes, á comilonas, á toros, naturaleza, en fin, toda externa en la apariencia, variable, impaciente, se nos muestra en estos tales amores con un corazón ternísimo, con una inquebrantable constancia, guardando siempre íntegros, en lo esencial, los lazos con que el matrimonio le unió al fin á la mujer amada. No contiene su *Colección de poesías*, publicada poco después de llegar á Madrid, más que dos sonetos que á este amor se refieran, el uno titulado *El despecho*, y *El propósito desesperado* el otro, que es como sigue :

«Si por robarte á mi pasión ardiente
 Tus deudos, descargando el fiero amago,
 Te arrebatasen con ardid aciago
 De estos ojos que lloran por ti ausente;
 Aunque en un fuerte alcázar eminente
 Te encanten por las artes de algún mago,
 Y que en torno te cerquen con un lago
 De fuego hirviendo con voraz corriente;
 Ó aunque te oculten en el hondo silo
 Del monte más oscuro y más distante;
 Por logarte lanzárame tranquilo,
 Y hendiera un mar de lava fulminante,

Ó bajara en tu busca al negro asilo,
Siempre que fueses á mi amor constante.»

Tal vez escribió en el punto y hora de verse en Madrid este vehementísimo soneto, que se titula el *Juramento en sangre*, pues parece primera carta de un amante despechado y ausente:

«Con sangre ¡ay Dios! en lágrimas mezclada
Te escribo ardiendo, el tierno juramento
De ser tuyo, mi bien, hasta el momento
Que espere triste mi alma enamorada.

Con sangre de mis venas arrancada
Protesto no dejar mi amante intento
Hasta lograr el celestial contento
De verte cual señora en mi morada.

Con mi sangre protesto serte firme,
Por mi sangre, mi esposa juro hacerte,
Y por mi sangre airado juro herirme,

Hasta alcanzar desesperada muerte,
Si no se cansa al fin de perseguirme
La mano airada de mi adversa suerte.»

Hállanse otras composiciones por el estilo entre sus papeles inéditos, que claramente muestran cuán verdadero y ardiente fuese el amor con que abandonó á Málaga, dejando también entender que fué él quizá una de las mayores causas de la resolución que tomó de salir de allí para buscar fortuna en la Corte. No me parece

inoportuno advertir que desde aquella época no se encuentran ya entre sus manuscritos versos ningunos dedicados á otra mujer; caso que bien cabe calificar de notable. Ni entibiaba el tiempo en lo más mínimo los ardores del poeta, pues que al año de ausencia escribió un nuevo soneto, que se halla asimismo entre sus borradores, y cuyo último verso no estoy seguro de haber descifrado exactamente :

«Voló ya un año desde el crudo instante
En que la suerte con rigor impío
Súbito me arrancó, dulce ángel mío,
De á tu lado gozar tu faz brillante.

Timido amor, discreto, palpitante,
De entonces ¡ay! sojuzga mi albedrio,
Y entre las selvas, por el monte y río,
Siempre en ti pienso, triste caminante.

Si á mi vuelta feliz te encuentro y miro
Arde mi ser, endúlzase mi herida,
Incierto lloro, en éxtasis suspiro.

Mi esperanza ¡ay, lo sé! ya está perdida;
Mas al mirar tus ojos de zafiro,
El encanto renace de mi vida.»

Por último, que no he de hacer interminables las citas estas : en el tomo vi de las *Cartas Españolas*, cuando hacia ya dos años que residía en Madrid, dió á la estampa, con el título de *Anna*

Ausente, que no era otra que la bella y dulce hija de Málaga de que he hablado, el siguiente soneto :

«¡Quién audaz remontándose hasta el cielo
 El ámbito feliz de tu morada
 Lograra ver, cual águila encumbrada,
 Que cierne el aire con sereno vuelo!
 ¡Cuál al verte vagar con triste anhelo
 Por la verde floresta en la alborada,
 Pensando acaso en mí, desconsolada,
 Me lanzara á tus pies besando el suelo!
 ¡Ah, cuál te arrebatara amante, incierto
 Como Jove al garzón, ardiendo el alma,
 Conduciéndote al páramo más yerto,
 Viviendo allí contigo en dulce calma!
 Que en tus brazos me basta en el desierto
 Un tálamo, una fuente y una palma.»

Y, por cierto, que este y otros de tales sonetos me imponen la observación de que la Musa de Estébanez no conocía el sentimiento, sino para cantar á la que fué su mujer.

La historia de aquella pasión que tanta importancia logró en la vida de nuestro héroe, queda con esto en lo principal sabida, y muchísimo mejor que hubiera yo podido contarla seguramente. No debo dejar, sin embargo, de esclarecer algo lo que descubren las antedichas composiciones,

y todavía más enérgicamente prueban otras inéditas, aparte de las cortas reliquias de su correspondencia íntima que han venido á mis manos. Bien da ya á entender por sí solo el primero de los sonetos copiados que la familia de la mujer querida no favorecía, sino antes bien contrariaba un matrimonio que él pretendió desde el principio; cosa fácil de explicar en gente sesuda, práctica, laboriosa, capaz de comprender y aplicar lo más arduo de la industria y de las ciencias útiles, pero muy poco inclinada á admirar los primores del ritmo ó de la rima, sobre todo si se empleaban en anacreónticas y letrillas pastoriles, que ninguna relación parecían tener con la vida real. Ni pienso yo que los alegres estudios del natural, en que, á dicha suya, pero no sin rozarse por fuerza con damas y galanes de vida airada, solía andar ocupado aquel joven, á quien la pintura de ellas y ellos había de immortalizar en las letras, fueran tampoco recomendación adecuada para los que entonces iniciaban y desarrollaban con laboriosidad incansable las varias producciones agrícolas é industriales que tan próspera hicieron á Málaga los años siguientes. El no haber allí, durante la juventud de Estébanez, otro

poeta que él, pues el que más de sus contemporáneos rimaba sólo tal cual soneto, y otras causas apuntadas ya, que he de ampliar sucesivamente, debían de prestarle cierto tinte extraño, más propio para ganar un joven corazón de mujer que para contentar á la gente formal. Por eso halló siempre mejor acogida en la mujer amada que en sus deudos; pero no tan pronta, ni tan resuelta, ni tan continua cuanto él, en su nativa impaciencia y la vehemencia de su pasión, anhelaba.

Era aquella mujer, de quien verdaderamente me complace hablar, por haberla tratado mucho en mi juventud y deberle no pocas atenciones, uno de los hermosos tipos que antes con más frecuencia que ahora engendraba en la costa de Andalucía, y especialmente en Málaga, el enlace de los blancos y rubios hombres del Norte, atraídos allí por los negocios, con las lindas morenas ó trigueñas del país. Á las correctísimas líneas de su cabeza, á su cuerpo gallardo, á su blanco y sonrosado color, á sus dulces ojos claros, juntaba, cuando joven, una voz preciosa, con que embelesaba á los que la oían cantar al piano. Pero al propio tiempo que tales prendas,

tenía ciertas condiciones de carácter que sólo un marido sabe estimar, y desesperan irreflexivamente á los mismos que se proponen serlo. En extremo condescendiente y dulce, era á la par prudente, serena, poco inclinada á resoluciones definitivas, y mucho menos violentas, incapaz de obrar de ligero y de compartir, por tanto, los furiosos arranques de un poeta enamorado, que no ya de joven, sino toda su vida, se rigió más por los entusiasmos peligrosos de una poderosa y volcánica fantasía, que por los fríos dictados de la razón. Por si ahora, ó más tarde, se dan juntos á luz todos los versos de Estébanez, y entre ellos los que aluden á su amoroso despecho, no juzgo excusada esta explicación. Y quede consignado ya, de todas suertes, que desde que en 1830 salió de Málaga, hasta que volvió allí en 1839, las alternativas de esperanza y desesperación, que tal pasión le producía, tuvieron perenne y vivo influjo en su vida, quedando así encendido el faro que á la larga había de conducirle al no siempre seguro puerto de la felicidad doméstica.

Quiero ahora observar de paso que mientras la gente grave hacía escasa estima de su poeta,

y la población, en general, mucho más agrícola, industrial y comercial también que literaria, le ponía algo en olvido, indudablemente daba él ya, por su parte, á la ingrata patria, lo que ella no había gozado hasta allí jamás; es á saber: una representación eminente en las letras nacionales. Mentira parece, y es innegable. Aquella tierra apacible que, con sus vides y sus higueras, sus olivos y algarrobos de verdura eterna, con sus ríos secos y polvorosos, salpicados de floridas adelfas, con el mar cristalino y suave que acaricia más que moja sus playas, con su suelo y cielo, en fin, recuerda á cada paso la cuna antigua de las Musas y el hogar favorito de los dioses inspiradores de Safo y Anacreonte, no había engendrado desde la reconquista cristiana, hasta que nació Estébanez, ningún autor de obras de imaginación que mereciera alta fama.

No creo, por ejemplo, que por tal deba contarse al poeta dramático D. Francisco de Leyva, bien que mostrase concisión, naturalidad y soltura en sus diálogos, oportunidad en sus cuentos, agudeza en las acostumbradas glosas de su época; no siendo tan vulgar su estilo que no

haya merecido que se le cite alguna vez por modelo. Pero de todos modos, D. Cayetano Alberto de la Barrera tuvo sobra de razón para decir ¹ que era sólo un dramático digno de estima entre los de segundo orden. El fondo de sus creaciones dramáticas no autoriza á otorgarle mayor puesto en las letras, y todavía hay que colocar muy por debajo de él á los demás poetas malagueños anteriores á este siglo, líricos ó épicos. Ni sé, á la verdad, si debo contar entre los últimos á D. Andrés Hidalgo y Bourman, que escribió en octavas reales la crónica de la peste que infestó á Málaga en 1649, si en forma de poema heroico, por estilo no impropio de la bajeza del asunto. Titúlase la obra *Ejemplo de Castigos y Piedades*; y aunque se inspirase el poeta, según dice, en una madre querida, víctima de la epidemia, lo que más falta hace en sus versos es sentimiento, sobrando por contra las declamaciones, naturalísimas en quien se declara, no sólo devotísimo del Lope de los malos tiempos, sino de Lucano entre los latinos, y entre los españoles de D. García Salcedo y el doctor

¹ En su Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro Español.

Pérez de Montalván. Mejor que el poema es una canción suelta, que expresamente dedicó á la muerte de su madre doña Paula Bourman, apellido que subsiste en Málaga todavía. Gustó por lo visto el libro, pues que cantaron al frente de él sus excelencias no menos que veinte y dos poetas de ambos sexos, y siendo forzoso que el estrago de la peste les alcanzase, bien dan á entender por su número cuán infelizmente próspero anduviese en Málaga á la sazón el cultivo de la mala poesía. Uno por cierto de los que ponderaron en 1650 el tal poema, y no en castellano sólo, sino en latín, fué D. Juan de Ovando Santarén, que trece años después imprimió otro libro de poesías, con el título de *Ocios de Castalia*. Mejor poeta era que el cantor de la peste, en realidad, pues sus versos burlescos y satíricos están llenos de donaire, y luce en ellos el habla castellana los usados primores de la época. Lástima que no se limitara á escribir de burlas, porque el culteranismo de que hizo alto alarde con su *Descripción panegirica de Málaga* en octavas, más tolerable es siempre en las composiciones jocosas que en las heroicas, amorosas ó sentimentales. De todos modos, apenas

puede ser declarado Ovando de segundo orden entre nuestros líricos, como Leyva entre los dramáticos. No careció aquél tampoco de poetas amigos que lo enalteciesen, ni faltaron nunca en los varios certámenes poéticos celebrados en Málaga, de los cuales merece especial memoria el realizado con motivo de la fundación del convento de Trinitarios Descalzos, vulgarmente llamado en dicha ciudad el *Conventico*, respecto al que hay libro impreso y raro: uno, por cierto, de los que manejé yo entre los que dejó Estébanez en su casa al trasladarse á Madrid, y que por las noticias locales que contiene, me sirvió de singular recreo. Pero, en conclusión, y para no agrandar más este triste cuadro literario de la Málaga de otro tiempo, digo y repito que ninguno de los paisanos de Estébanez Calderón valió, como literato, lo que él, en los siglos pasados.

Lejos estoy de ser el primero que haya fijado la atención en esta pobreza de obras de fantasía, allí donde parece que siempre debiera de haber habido montes notoriamente poéticos como el Parnaso ú Helicón, y correr fuentes cual las de Hipocrene ó Aganipe, ó aquella Castalia que

al rumor de su corriente inspiraba buenos versos. Fábula aparte, no hay en puridad tierra del mundo donde más abunden las personas de espontánea y rica imaginación, ó de vivos y apasionados sentimientos. Lo cual, tan patente ahora, no ha podido menos de acontecer en todo tiempo. Pues con todo eso, has visto ya cuán medianos poetas produjo Málaga hasta este siglo, y parece todavía más singular que diese entre tanto á luz muy grandes eruditos y sabios. Hijo fué suyo, por ejemplo, el sapientísimo autor del *Origen de la Lengua Castellana*, y de las *Antigüedades de España y África*, Bernardo de Alderete; y su hijo también aquél malogrado D. Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, que escribió los *Orígenes de la Poesía Castellana*, el *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas*, y tantas importantes obras, ya impresas, ya inéditas. Ni el uno ni el otro han tenido en España quien les supere en saber. Pero ¿qué mucho, si ahora mismo, en estos días, remediada cual está en gran parte tamaña pobreza literaria, no sólo por la aparición de Estébanez Calderón, sino por la de D. Juan de Mauri, D. Tomás Rodríguez Rubí, y otros que

no cito porque su fama no ha recibido la sanción del tiempo, todavía excede, sin duda, al número de sus celebridades literarias el de las justas reputaciones que posee en estudios graves, y especialmente en materias de erudición y crítica?

No se diría, en suma, sino que el estudio silencioso y atento, paciente y profundo de las cosas, sea más natural que el cultivo alegre de las Musas en aquella gente malagueña, por excelencia meridional é ingeniosa. Y en qué consista esto, no es fácil explicarlo. El moderno historiador de Málaga, tan sagaz y afortunado investigador, no lo sabe. Ignórolo yo en realidad también; pero no estoy lejos de abrir mi imaginación á la sospecha de que, por lo mismo que allí es tan espontáneo y común el ingenio, se estima menos su ejercicio deliberado y sistemático que en otras partes, prefiriéndose despilfarrarlo al menudeo, ahora discreteando, ahora galanteando, en una especie de continua poesía hablada, ya sentimental, ya epigramática. Todo cuanto se siente ó se imagina, con ser mucho, se le regala por tal modo al aire, sin que muchos que pudieran intentarlo con

fruto se tomen el trabajo de aprisionar las aladas y fugitivas ideas ó imágenes en la jaula dorada de los versos. Por el contrario: las cosas de erudición y de ciencia, como andan menos al alcance de todos, miranse con muy diferente cuidado, y se cultivan con otro esmero, por lo cual la nativa claridad de los entendimientos logra hacer su natural oficio y se ostenta en los trabajos serios, concienzudos, con que algunos se han immortalizado ya, y otros están en camino de pasar á la posteridad merecidamente. Estébanez Calderón, por haber llegado á ser tan gran literato, forma grande excepción de esta regla; pero ¿cuántos y cuántos otros ingenios, no malgastaron allí estérilmente su vida intelectual en la mera conversación? Gracias que aquel vivísimo amor que desde muy temprano le inspiraran así la lengua castellana y sus primores, como las antiguas memorias cristianas y arábicas de España, impulsó á Estébanez mismo á reservar buena parte de su imaginación inagotable, para obras en las cuales principalmente se propuso satisfacer su gusto por las letras nacionales, que, si no, posible es que, como tantos de sus paisanos, hubiera muerto, sin dejar tras

si más que dichos célebres. Tengo para mí esto, aunque suene á paradoja, por indudable.

Todo pregona que escribió Estébanez, más que por nada, por el placer íntimo de escribir como él únicamente sabía. Que si por caso imposible se viera forzado á escribir al uso, sin seguir la antigua escuela nacional, restaurando y ampliando sus primores, y hubiese tenido que preferir el castellano vivo y corriente en 1830 al habla castiza, que por amargo sarcasmo solia él contar entre las *lenguas muertas*, juraría yo sin escrúpulo que no poseeríamos sus obras. Su ingenio se habría también derramado y perdido en la conversación diaria, ni más ni menos que el de un cierto deudo y contemporáneo suyo que pasó no ha mucho á mejor vida. Otra cosa aconteció, por fortuna, y pronto le fué dado hacer público alarde de su ingenio en la corte, con el tomo primero y único de sus poesías, que dió á luz por Abril de 1831, no ya bajo el de *Safinio*, sino bajo el nuevo seudónimo de *El Solitario*. ¿Tomaría, acaso, este otro nombre por causa de la soledad en que interiormente debía juzgarse, lejos de la mujer á quien tanto amaba? No pasa esto de ser sospecha, y como tal la apunto al

paso, sin que baste en mí á desvanecerla el que más adelante dijese él mismo que por cierto elogio que escribió de la soledad le puso aquel apodo la gente. De todos modos, ¿qué soledad distinta de la que digo yo podía experimentar y celebrar él en medio del trato y bullicio de la corte?

Eligió nuestro autor, sin duda para su volumen de versos, los que le parecieron mejores entre los muchos que había escrito, algunos de los cuales todavía están inéditos; pero no tenía aún, á mi parecer, los suficientes para llenar otro escogido volumen. Lo que quiso decir, pues, al calificarlo de primero de sus poesías, es que escribiría muchas más, y tal debió de ser su propósito entonces, dado que antes de mucho lo abandonase. Aquella colección de versos contiene la quinta esencia de todos sus trabajos anteriores. Muéstrase nuestro poeta en ella imitador indubitable de Meléndez y aun de Iglesias, por lo que hace á las letrillas y romances pastoriles; pero su dicción poética se acerca, no obstante, más que á la de éstos, á la de Góngora ó Quevedo, en los mejores tiempos de uno y otro. Y allí se echa ya de ver claramente que lo que Estébanez Calderón

quería ser era español ante todo, y español puro y neto, sin mezcla de inspiración extraña. No sólo excede en esto á Meléndez, para él maestro del buen gusto en las letras, pero algo influido por el clasicismo francés, sino al propio Iglesias, que con sus plagarios centones y todo, es, tocante á idioma, de nuestros más puros escritores, como que ni tuvo ocasión de viciar su estilo con extranjera frase, á causa de no haber manejado libro que no fuese castellano. No le sucedía lo mismo á Estébanez Calderón. Desde muy temprano conocía á fondo la lengua francesa, y aun solía emplear felicísimamente, así en las cartas particulares como en la conversación, aquellas de sus frases y vocablos que le convenían, si les faltaba exacta correspondencia en castellano; por lo cual era mucho más meritoria su preferencia á lo castizo. Ni se contentaba con ser purista en la lengua corriente, sino que atendía también con gran celo á recoger y poner de nuevo en circulación lo más peregrino, exquisito y recóndito del idioma que se habló en el *siglo de oro*. Tan apegado á lo meramente español era Estébanez, que con ser grande humanista, no creo yo que resalte en sus poesías la imitación

griega ó latina. Algún eco ó dejo de ella, por fuerza se ha de sentir siempre en los productos del sistema poético de *El Solitario*, que era el que á la sazón llamaban clásico. La imitación deliberada, rara vez la encuentro. Ni había más que recorrer su biblioteca, tan escogida y tan numerosa á la larga, para convencerse de que no eran los autores helénicos, ni aun los latinos, preferente objeto de su amor y de su estudio. Todos los clásicos de su época fueron más imitadores que él en este punto.

Si nadie aventajaba á *El Solitario* por lo que toca al idioma, solía en cambio ser algo menos fluida su versificación que la de sus dos principales inspiradores, y menos armoniosa; no hay que negarlo. Mas, con todo, el mayor de los defectos de sus poesías líricas, fué que llegaron á deshora. Ya los discípulos queridos de Meléndez, tanto Cienfuegos como Quintana, y todavía más el último, habían ido dando de lado á la musa salmantina, y olvidando la primitiva manera de su maestro, aquella sistemáticamente idílica ó pastoril con que llegó éste de un golpe al zenit de la fama. Preferíase la segunda, aunque reputada inferior generalmente, por abrazar asuntos

más adecuados al modo de pensar y sentir de la época : asuntos ahora sentimentales , ahora filosóficos, ahora patrióticos, pero de inmediato interés siempre, y siempre graves ó grandes. Arriaza, Gallego, Martínez de la Rosa , habían seguido por aquel camino después ; y si todavía Reinoso y Lista prolongaron por algún tiempo en nuestro Parnaso la imitación anacreóntica de Villegas, con frecuencia solían ellos mismos buscar nuevos temas. Dentro de la propia escuela sevillana, tan tradicionalista y todo, el genio desasosegado de Blanco prefería ya , á celebrar zagalas y pastores en los acostumbrados versos cortos, ensalzar con robusto canto en la Academia de Buenas Letras los dogmas católicos , de que renegó más tarde. No hay sino hojear las páginas de *El Correo de Sevilla* , órgano en 1806 de la escuela, para ver cuánta ventaja llevase ya la poesía elevada á la idílica y bucólica en aquella época, y aun me admira que tal periódico no tuviera más influjo en la educación poética de *El Solitario*. La guerra de la Independencia, con sus grandes inspiraciones bélicas, dió nuevo tono y aliento á la lírica española, y separó más y más la atención nacional de los primores cándidos

de Villegas, Iglesias, Meléndez y sus bucólicos secuaces. Todavía se lamentaba de ellos como de gente viva Larra en 1835, al tratar de las poesías de D. Juan Bautista Alonso; y Lista osó aún llevar en 1837 al Liceo, una Égloga, justamente fiado en la asentada autoridad de su persona. Pero la batalla estaba perdida para la poesía pastoril mucho antes, y en 1831 ya no había para aquel desventurado género estimación ni público.

Tales fueron los motivos de que los lectores españoles, que cuarenta ó cincuenta años antes hubieran concedido á los versos de *El Solitario* muy señalado lugar en nuestra poesía, lugar que, una vez alcanzado, no habrían perdido por ventura jamás, recibiesen su publicación con innegable indiferencia. Mas no por eso es dudoso, á mis ojos, el que las letrillas pastoriles que bajo el título de *Los Amores de la Aldea* contiene el tomo, así como los romances amorosos y descriptivos que en él se encierran, puedan competir con lo mejor de su clase. Mayor interés debieron de excitar las *letrillas moriscas*, en que apunta ya la afición, que en Granada cobró y tanto resplandeció en él luego, á las cosas de

aquella gente. Haylas, sin duda, entre ellas, que igualmente podrían tenerse por moriscas ó por cristianas, bien que sean, en general, mucho más ricas en sentimiento y color que las pastoriles, lo cual tengo por indicio de que su estro aspiró también á salirse ya un tanto de la estrecha imitación anacreóntica de sus primitivas letrillas ú odas, para volar con distinto desembarazo. No osando romper aún con la autoridad de sus maestros, acogióse quizá á lo morisco, para velar tras ello más profundas intenciones. Ni de otra suerte la poesía romántica, informada en realidad por la revolución escéptica del siglo, escondió á veces luego su origen y fines en los ideales asuntos caballerescos ú orientales. Otro esfuerzo, más importante en sus efectos, hizo *El Solitario* para sustraerse algo al influjo de Iglesias y Meléndez, escribiendo un *Poema al Mar* en romances; y no sé bien por qué le cambió aquel primer nombre, para publicarlo al fin con el de *Anacreónticas*. Solo cabía calificar así tales composiciones, según acostumbraban los antiguos maestros de metrificaci6n, á causa de estar escritas en versos cortos, que no por otro motivo. Ellas son, como quiera,

lo de más mérito á todas luces que en el tomo de poesías de *El Solitario* se encuentre. ¡Lástima grande, en verdad, fuera que continuasen padeciendo aquellos admirables versos el injustificable olvido en que ahora están!

Nadie, que yo sepa, ha escrito del mar y sus playas, en castellano, con igual sentimiento de la belleza real y del encanto poético de las cosas marinas. Las barquillas del gran Lope son metáforas de la vida, no cosas de la mar, tal y como ella es realmente, más que nada de este mundo deliciosa, desde tierra, al menos, ó cerca de tierra. *El Solitario* cantó la tarde á orillas del Mediterráneo; cantó el jugueteo con las olas de una nueva Galatea, no sé si tan desdeñosa cual pintó la suya Gil Polo; cantó el paseo sin riesgo del barquichuelo, la inmortal serenidad de las olas azules, los relucientes peces, y otros asuntos semejantes, con un talento descriptivo jamás superado, y con riqueza de dicción igualada rarísima vez. También describió primorosamente lo que en Málaga llaman el *copo*, especial modo de pescar de sus costas, y los *fuegos* en el mar, con ocasión de los que dió en espectáculo aquella ciudad para celebrar el primer embarazo de

la Reina Cristina. Hay, sobre todo, dos de las *anacreónticas al mar*, que harán incompleta cualquiera *Antología* española de que estén ausentes; titúlase la una *Mi propósito*, y *El Retrato* la otra. No puedo resistir al deseo de insertar una de ellas, la última, porque sirva de muestra de la primitiva dicción poética de *El Solitario*. Es como sigue:

«Primero pon en tabla
Un vistoso paisaje,
Y que el mar cristalino
Su hermosa costa bañe.
Pintarás á las aguas
Tan puras, que retraten
Del sol y de los cielos
Las luces vacilantes.
Y luego, para ornato,
Las voladoras naves
Pondrás, como que surcan
Los azulados mares.
Sus mástiles ostenten,
Para mayor realce,
Las flotantes banderas
Meciéndose en los aires.
Y después, á lo lejos,
Sonrosados celajes
Finge con diestra mano,
Haciendo mil cambiantes:
Y si quieres tu cuadro

Hacer inimitable,
Decóralo pintando
En él mi hermosa amante.
La pintarás desnuda,
Disponiendo su imagen
Cubierta de las aguas
Hasta el airoso talle.
Sus dos cándidos pechos
Tan blancos que arrebatan,
Y en ellos pon dos rosas
Que quieran desplegarse.
Y pinta (si á esto alcanzas
Con tu exquisito arte)
El batir de su seno
Cuando suspira y late.
Pondrás tanta dulzura
En su bello semblante,
Que irresistiblemente
Á un Dios airado aplaque.
En derredor del cuello
Las negras trenzas vaguen,
Y harás de vivo fuego
Sus ojos celestiales.
De un perfil breve y lindo
Forma su boca amable,
Y sus delgados labios
Tiñe en color de sangre.
Sus brazos proporciona
Con sin igual donaire,
Que brinden blando lazo
Al más tibio y cobarde.
En su albo cuerpo brillen

Los húmedos cristales ,
Que en leves hilos caigan
Cual lumbrosos diamantes.
Al través de las aguas
Sus formas virginales
Deja ver , vacilando ,
Entre sombras fugaces.
Y después representa
Las marinas deidades ,
Que vengan reverentes
Á rendirla homenaje.
En mil grupos y coros ,
Por último remate ,
Ponlas como ensayando
Artificiosos bailes.
Y á mí , desde la orilla ,
También puedes pintarme
Como adorando absorto
Al retrato que saques.

Los versos que este tomo contiene, como son los que compuso en Granada y Málaga, claro es que caracterizan su prístina manera poética y el primer período de su vida literaria. Acabado de llegar á Madrid cuando los dió á luz, no debía de conocer todavía el estado de la opinión ó del gusto tocante á esto; pero no tardó en cambiar de rumbo al enterarse. Hay entre sus borradores inéditos, pedazos de poesías sobre

mayores asuntos que trató hasta entonces, y desde 1840 corren impresos también ¹ largos fragmentos de cierta composición suya *Á la muerte de una gran señora de celebrada hermosura*, que juntamente con otros versos endecasílabos de igual índole y forma, dedicados al P. Artigas, su maestro de lengua arábica en San Isidro, y algunos más de que hablaré luego, ponen lo que digo fuera de duda. Y cierto que, á proseguir escribiendo por aquella nueva manera, mucho más alta habría quedado su fama poética. La señora á quien se refiere la primera de las composiciones dichas, no es otra que la duquesa de Frias, y acaso no figure en su famosa *Corona fúnebre*, impresa en 1830, por no haberse concluído á tiempo. Sin duda por igual razón no está incluída en el tomo de poesías que se dió á la estampa al siguiente año, y en el cual habría disonado un tanto. Para la *Corona fúnebre* fué de todas suertes gran pérdida, pues con encerrar, puesta aparte la del poeta viudo, esmeradas composiciones de Larra, Tapia, López Soler,

¹ En los apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos, por D. Eugenio de Ochoa: Paris, 1840. Tomo 1.

Quintana, Vega, Lista, Saavedra (luego duque de Rivas), Donoso Cortés, Colón, Cambrero, Arriaza, Martínez de la Rosa y Gallego, tan sólo las de estos dos últimos sufren comparación con la del vate malagueño, y no es seguro que otra que la de Gallego sea mejor. Los versos endecasílabos, no siempre felices hasta entonces en sus sonetos, son casi inmejorables aquí, ejercitando en ellos la libertad de aconsonantarlos ó no entre sí que popularizó en sus silvas Quintana, pero sin el frecuente quebrado septisílabo con que éste los solía alternar.

He aquí, por ejemplo, algunos trozos de su referida Elegía *Á la muerte de una gran señora de celebrada hermosura*:

«Allá por álveo anchísimo y umbrio
 Corre insensible el insondable río
 Del tiempo y de la vida, sin que alcance
 La débil vista de la mente humana
 Ni su origen ni fin; pasan las olas
 De los años, por años impelidas:
 En pos les apresuran la carrera
 Los siglos en corriente impetuosa,
 Hasta hacerlas entrar desvanecidas
 Del olvido en la tumba misteriosa.
 Estos pasan también y desaparecen
 Entre ruedas y círculos fugaces,

Que otros siglos y siglos renacientes
 La eternidad les lanza poderosa
 De sus perennes caudalosas fuentes.
 Por medio de los túrbidos raudales,
 La mente pusilánime arredrando,
 Se ven llegar en formas colosales
 Los sucesos que truecan las diademas,
 Que trastornan imperios, devastando
 Regiones y metrópolis supremas;

 Las gentes de los ámbitos del mundo,
 Inciertas corren, huyen espantadas,
 Dan al viento sus tristes alaridos,
 Y en los presentes ecos resonantes,
 De cien generaciones ya pasadas
 Se ahogan los gritos que asordaron antes.

.....
 Y los ministros del dolor, rabiosos,
 Lanzándose con gritos espantosos,
 Alcanzan á la turba sin ventura,
 Y con mofa cruel empedernidos,
 Venciendolés su resistencia loca,
 El cáliz de la hiel y la amargura
 Les hacen apurar con triste boca.
 La muerte en tanto con segur airada
 Los hiere y lanza al insondable río
 Que los lleva al abismo de la nada,
 Colmando al punto el funeral vacío
 Otra generación más desgraciada.

.....
 ¿Qué se hicieron las plumas y las flores
 Que de tu sien realizaban la belleza?....

Todo murió, y en vez de gala veo
 El monjil funeral en tu cabeza:
 Tus miembros que vistieron por trofeo
 Las riquísimas telas que en Oriente
 Con oro teje el indio tributario,
 Con místico sayal groseramente
 Ora los cubre el misero sudario.
 Las turbas que vagaban placenteras
 Cerca de ti y tu séquito formaban,
 ¿Dónde se fueron? ¡Ay! te asisten hora
 Sólo yertas estatuas de alabastro,
 La adusta faz cubierta de viseras,
 Ó matronas que empapan con su lloro
 El manto de las fúnebres banderas.
 No tal estancia alumbran mil antorchas
 Sobre cristal en trípodes soberbios,
 Cual émulas del sol las viste un día
 En azul artesón y en alto estuco
 Arderse entre la rica argentería.
 Una lámpara triste, solitaria,
 Suspensa de las bóvedas oscuras,
 Brilla con lumbré temerosa y varia,
 Y al siniestro esplendor que al pecho pasma,
 Ve la mente cruzar negras figuras
 Ó vaporosa faz de una fantasma.»

.....

No es de tan alto estilo la poesía que dedicó
 más tarde al Rdo. P. Artigas, su catedrático de
 lengua árabe en el Colegio Imperial; pero es
 notable asimismo por su versificación, y cua-

dra bien en la biografía de *El Solitario*, pues revela todo lo que el curioso espíritu de éste padeció en Granada, mirando continuamente y admirando con delirio las deliciosas puertas y ajimeces, y los maravillosos muros de las salas de la Alhambra, sin entender las entrelazadas inscripciones, ó recreando á todas horas su fantasía con los recuerdos de Zaidas y Zulemas, de Zegríes y Abencerrajes, sin saber la lengua que hablaban, y ponía nombres á sus vestidos y joyas, á sus arneses y armas. Léanse estas dos estrofas, primera y última de la composición, y, bajo los dos aspectos que dejo señalados, se comprenderá al punto su importancia:

«Yo vi el oro y azul, y el cedro y jaspe
En fábrica triunfal alzarse al cielo,
Mostrando entre esplendores la morada
Que el árabe, venciendo en nuestro suelo,
Levantó en los vergeles de Granada.
Yo vi los altos, anchurosos muros,
Cual guirnaldas de almenas y castillos,
Tres veces coronar la hermosa frente
De los verdes collados del Alhambra.
Yo vi cien torres con fulgor ardiente
Descollar en el árabe recinto,
No de otra suerte que, venciendo al día,
En blonda sien de angélica matrona,

Sobre la luz de rica pedrería
 Reluce más el piropo y diamante
 En la más alta flor de su corona.
 Ceñido en torno de anchurosa alberca
 Del alto alcázar contemplé el adarve
 Por do á mi mente absorta parecía
 Ver aún rondar al africano alarbe,
 Ó por las anchas puertas de la cerca
 Dispararse el jinete del Algarbe,
 Trabando la sangrienta escaramuza
 Al alarido audaz del bravo Muza :
 Yo vi... yo vi... mas nunca mi deseo
 De penetrar los ámbitos oscuros
 De la historia y costumbres del Oriente
 Pude cumplir en cuidadoso empleo,
 Que ajeno yo al hablar del feliz Yemen,
 Faltaba á mi anhelar la llave de oro
 Que abre las puertas al saber del moro.

.....
 Mas si no en los verjeles granadíes
 Tal sed pude apagar, dulce Maestro,
 ¿Cómo callar que en tu celeste asilo
 Cumpli mi afán bebiendo tus lecciones
 Que brota el labio en elocuyente estilo?
 ¿Cómo callar que, siéndome tú guía,
 Con el que ya logré mágico hilo,
 Venciendo ansioso la difícil vía,
 Entrara por el Dédalo do el moro
 Custodia la oriental sabiduría?...
 Y cual ave menor á quien enseña
 Águila audaz á remontar el vuelo
 Desde el risco tajado de la peña,

Presumiendo feliz en noble anhelo
Subir á los alcázares del cielo
Y disparando al sol las alas bellas
Los orbes recorrer de las estrellas;
Así mi ingenio en fervido entusiasmo
Lanzándose á tu voz, Doctor sublime,
Vuelta al Oriente su ascensión dichosa,
Emprende el vuelo en delicioso pasmo
Por región, si difícil, más gloriosa.
Y en tal empresa, ni ambición más alta
Ni á otra gloria mayor mi pecho aspira,
Que pagar tu solícito cuidado
Al eco agradecido de mi lira,
Resonando en mi cántico encumbrado :
«Que ya logré por ti la llave de oro
Que abre las puertas del saber del moro.»

Grande instrumento se ve, pues, que poseyó *El Solitario* para la alta poesía de Quintana ó Gallejo, y de Heredia y Bello, en la única composición superior de cada uno de estos poetas trasatlánticos; y aun para haber entrado, si tal quisiera, con gloria en el ruidoso concierto de los futuros poetas románticos. Pero su educación literaria, y el propio modo de ser suyo, suficientemente descrito ya, le alejaban juntamente del espíritu de la última de aquellas escuelas; y la lira político-filosófica, que tan grandes sonetos dió en nuestra literatura, desde la oda *Al fa-*

natismo por Meléndez, hasta el canto epitalámico de Quintana en las últimas bodas de Fernando VII ó la *Corona fúnebre*, llegó, no sé por qué, demasiado tarde á sus manos. Nada indica que hasta 1830 la pulsara *El Solitario*, cuando enmudecieron precisamente Quintana y Gallego, para dejar libre cauce á la corriente impetuosa del lirismo subjetivo, individual, egoístamente personal, que los vientos en toda Europa reinantes empujaban y precipitaban hacia nuestro suelo. No halló, pues, propicias circunstancias ya *El Solitario* para emprender con su Musa largos derroteros en demanda de las nuevas regiones. Rota, en el entretanto, el arpa que había deleitado sus años juveniles, resistiósele el pulsar una distinta, exótica además y nunca oída en España, cuando por otro lado no era capaz su alegre ingenio de sentir, ni menos de fingir que sentía á lo Byron, á lo Víctor Hugo, ni á lo Espronceda. Poco á poco fué, pues, enmudeciendo él también de allí adelante, por lo que toca á los cantos amorosos ó graves, ejercitándose si acaso más frecuentemente en los regocijados y burlescos.

Las *Cartas Españolas*, Revista de que he de tratar detenidamente, abrieron de allí á muy poco

sus puertas á Espronceda, recibiendo de él la canción de *Delio á Elisa*, mientras recogían los últimos primores anacreónticos de *El Solitario*, en el *Hurto de Cupido* y *El Jilguero y los besos*. Pero tampoco allí su Citeres, ni sus Filis y Filenos produjeron ya efecto alguno, por más que de ello tratase en versos exquisitos. Pensar, en tanto, que de todo en todo dejara de explayar por eso sus sentimientos íntimos en la poesía, fuera cándido error; porque, ¿quién ha compuesto versos que no incurra, de vez en cuando siquiera, en la manía de volver á componerlos, aunque no sea más que *para el gasto de casa*, como el involvidable Ayala decía de sus composiciones líricas?

El volumen de versos, que la nueva COLECCIÓN ha de contener, al mismo tiempo que suprimirá algunos amorosos y pastoriles de la edición primera, por no ofrecer interés hoy, se enriquecerá probablemente con otros, donde, aparte las ordinarias gracias del lenguaje, sobresale entre todos los suyos y por alta manera el talento descriptivo de *El Solitario*. Allí creo que se inserte también, desgajadas unas de las *Escenas Andaluzas* donde no estaban bien colocadas, y otras recogidas acá ó allá, cierto número de sus poesías

festivas, que de seguro sabrán á pocas á los lectores, porque, sin disputa, rivalizan con las mejores del siglo xvii. Como de versos sentimentales, ó con ínfulas de profundos, hemos tenido tanta copia después, quizá celebren ahora los lectores que, huyendo del romanticismo lírico, se refugiase la musa de *El Solitario* á veces en aquel nuevo género, proporcionándoles composiciones primorosísimas en las letrillas intituladas *Cuento de cuentos*, y *La Flor panadera*, *La Niña en Feria*, *El Cabildo de chicos*, *Las Vacaciones del muchacho* y *La Miga y la Escuela*. Semejante esta última, por el asunto y la versificación, á un popularísimo romance de Góngora, mucho más que imitada, parece cosa de todo punto original, tal y como si un mismo autor, no contento con la primera expresión de su pensamiento, hubiese vuelto sobre él y tratádolo dos veces. Ni en el dibujo y colorido, ni en el gracejo y elegancias del estilo y dicción, se llevan las dos obras, á mi ver, ventaja alguna; que si de encontrarla hubiera empeño, encontraría yo, antes que en la de Góngora, en la de *El Solitario*, por su extensión más importante, y no menos rica y chistosa, sin ningún esfuerzo mío de ingenio ni pasión algu-

na. Pienso asimismo, y no temo que ningún hombre de gusto me desmienta, que el romance sentimental, ó sea burlesco, *Al Manzanares*, que Estébanez Calderón publicó suelto primeramente en las referidas *Cartas Españolas*, y luego reprodujo en el artículo á que puso por nombre *Las Excelencias de Madrid*, figuraría entre los de Quevedo con lucimiento. De alguna otra composición, que por lo subida de color y la abundancia de regocijo todavía parece más hija de aquel grande y picaresco ingenio, no quiero hablar, porque no sé si se reimprimirá al fin; pero ella, como las anteriores, hace pensar que si *El Solitario* hubiera querido ser poeta festivo únicamente, ocuparía en tal concepto un lugar que sólo podrían disputarle Góngora y Quevedo en el Parnaso español de las últimas centurias, ya que lo ocupa único en aquellos artículos de costumbres á que debió más tarde el principal de sus títulos.

Duéleme no poner aquí, en demostración de lo que digo, alguno de los romances ó letrillas del género picaresco de *El Solitario*; mas por no dilatar demasiado esta obra, remito la prueba á la nueva colección, que se dará pronto á luz,

de sus poesías. En ella se comprenderán también ciertamente algunos romances moriscos suyos, que no disonaran, de seguro, en ningún romancero español bien ordenado. Era, en suma, *El Solitario* poeta, y muy buen poeta, aunque en parte malogrado, por la época de transición literaria que le tocó en suerte. Lo más flojo en él fué siempre el artificio métrico, y es, sin embargo, inventor de algunas de las más donosas combinaciones de la versificación castellana. Hablo de las estrofas con esta ó parecida forma empleadas en varias de sus composiciones:

«No más ya,
No más ya tu mente amada,
En placer embelesada,
Llorará
Los verjeles de Granada.»

Y al dar á la estampa *El Solitario* su tomo de poesías, no había cumplido aún treinta y dos años. Su erudición era ya vastísima, principalmente en literatura castellana, dándole bien á entender la notable colección de historias particulares, comedias antiguas, romances, poesías líricas, y todo linaje de viejos impresos que dejó en depósito en Málaga, y sirvieron á satisfacer

mi primera curiosidad y afición al estudio. De figura, por otra parte, agradable y en extremo simpática; chistosísimo en la conversación, bien que pronunciando algo difícilmente, cosa que contrastaba de un modo singular con la extraordinaria viveza de su imaginación; de naturaleza robusta, y buen humor casi constante; ducho en todas las cosas de la vida, y ejercitadísimo en los donaires, bizarrías, bailes, cantos y chanzas de su tierra, no hay que decir sino que Estébanez contaba con sobrados medios para que la sociedad madrileña le abriera las puertas de par en par. Fué, pues, desde el principio uno de los escasos eruditos ú hombres de ingenio que hayan frecuentado entre nosotros el trato de los salones, al propio tiempo que el de los libros y las imprentas. Dicho sea en honor de las señoras principales de la corte, y aun de nuestra aristocracia en ambos sexos, el ingenio, y hasta la ciencia si se ha dado un poco á entender, han obtenido siempre en los salones de por acá simpático respeto, admiración, y, cuando se ha necesitado, hasta indulgencia, por lo que hace á aquellos defectos voluntarios y externos, que no bastan las más altas dotes intelectuales á borrar

ó esconder. Estébanez Calderón, que era uno de los más sociables y atildados de los ingenios y de los eruditos de la época, brilló, por tanto, muy pronto, alcanzando en pocos meses una posición que ningún provinciano ha merecido quizá en plazo tan corto. Su carrera literaria y su carrera civil se desenvolvieron así una tras otra rápidamente. Claro está, por lo demás, que el recién llegado malagueño, que no era rico, y muy principalmente había venido á buscar fortuna, tampoco descuidó por su parte ningún medio legítimo para granjearse favor.

Era, en el ínterin, y nadie lo ignora, muy singular y crítica época aquella, especialmente en Madrid, más que nunca entonces corazón ó cerebro de España. Las semillas de toda nuestra historia contemporánea, así literaria como política, estaban ya en el suelo, y muchas en estado de activa y poderosa germinación, sin contar con las que despuntaban y crecían á flor de tierra. La lucha definitiva de liberales con realistas, y de clásicos con románticos, aunque contenida aún por el carácter silencioso de la época, más ó menos latente ó disimuladamente existía ya, faltando sólo que, por cualquier acaso,

se rompiesen, con pública y viva saña, las hostilidades. Estébanez, que, según sabemos, era tradicionalista y monárquico de instinto, frecuentó los salones de la gente más en boga á la sazón, según se ve por la dedicatoria de sus poesías á la marquesa de Zambrano, esposa del comandante general de caballería de la Guardia y ministro de la Guerra, que tan favorito fué del Rey. Con el mismo General, que, á lo que parece, era un tanto aficionado á las letras, tuvo naturalmente también buenas relaciones; habiendo primero pensado en él para encabezar el tomo de poesías que con más galante acuerdo dedicó después á su esposa. Pero la hermosa Elegía á la muerte de la duquesa de Frías demuestra que, á la par que el de los íntimos del Rey, cultivaba el trato de la aristocracia liberal que el egregio esposo de aquella malograda hermosura, mejor que otro alguno representaba. Á todo esto, la casa de Madrid en que más confianza y amistad tenía con gran deferencia, era la del conde de Teba, del Montijo después. Databa este conocimiento de Málaga, de donde era natural la bella y seductora condesa, que ha sido por tan largos años el centro de la alta

sociedad madrileña, conservando hasta la ancianidad no poca parte de los atractivos de su brillante y celebrada juventud. La condesa y su marido cobraron á Estébanez grandísimo afecto, á que éste correspondió muy finamente toda la vida. De Málaga se trasladaron primero los condes á Granada, donde su trato con Estébanez se estrechó más y más, y casi al propio tiempo que él se establecieron al fin en Madrid, donde cada día se fué haciendo más íntimo y cordial. Era el Conde de antecedentes liberales, y hasta de exaltadísimo se le había tachado en otro tiempo, por lo cual fué naturalmente de los primeros que, al asomar la lucha entre las pretensiones del infante D. Carlos y los derechos de la recién nacida hija del Rey, abrazaron la causa de ésta con resolución. Á él indudablemente dirigió *El Solitario* este soneto inédito :

«Si con lealtad que en nuestra historia brilla
 Y cual noble Infanzón de antigua cuna
 Te abrazas generoso á la fortuna
 De la flor coronada de Castilla;
 Doblada al padre augusto la rodilla
 Y ofreciendo tu brazo por coluna,
 Levanta la alta voz como ninguna
 Contra el dolo, la astucia y la mancilla.

Alza la voz, y nuestra España entienda
Que no dan los ardides cortesanos,
En duda hostil, el cetro y la corona.
Caiga á tu noble voz la ciega venda,
Y el saber y los fueros soberanos
Juren la Infanta, y salven la Matrona.»

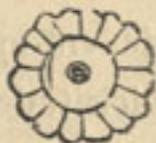
Bastan versos tales para averiguar que Estébanez perteneció al bando que se llamó *crístico* desde el primer instante. Otras poesías suyas inéditas, y de no escaso mérito, persuaden que formó parte activa, cual de su constante moderación política se debía esperar, de aquel grupo de liberales sensatos que, por horror al intransigente y enconado partido apostólico, se habían ido acercando al trono, y acostumbrándose á ver en Fernando VII, con sus rigores y todo, la única garantía de los hombres ilustrados y pacíficos, no sin fundar ya además alegres esperanzas en las dotes singulares de la Reina Cristina, su joven y bella esposa. Prestan testimonio de esta situación de ánimo de *El Solitario* dos composiciones á que supongo dará cabida el editor de la nueva colección de sus obras, en el tomo de versos. Es la una cierta oda *Á la Guardia Real de Infantería y Caballería y al Marqués de Zambrano*, superiormente escrita en estrofas regulares. La

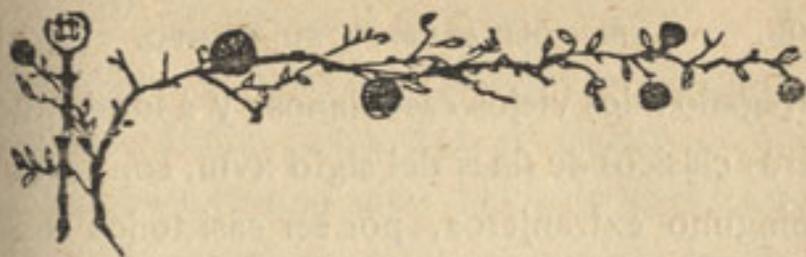
otra, mucho más importante todavía, es una *Oda al Rey sobre los sucesos de América*. Estas son aquellas composiciones elevadas á que sin nombrarlas aludí antes, y demuestra en ambas, cual tantas otras veces, Estébanez, que su entendimiento y estro eran ante todo y sobre todo españoles, lo propio que su corazón. Para un hombre de estado experto y frío, ni en verso siquiera era lícito proponer á la España de 1830 que intentase reconquistar las provincias de América, totalmente organizadas ya en naciones independientes. Mas en Estébanez no fué de pura retórica, ni entusiasmo de ocasión, sino muy sincero y muy verdaderamente sentido el que le movió á suplicar al Rey, en vísperas de la muerte, y á la nación, vecina por fuerza á una sangrienta guerra civil, que sin demora acometiesen la imposible empresa. No haya miedo, decía en versos magníficos:

«Pues los que saben que, naciendo, viven
 Con derecho á la luz de opuestos soles,
 Y que su patria ilustre hallan doquiera
 La planta lleven por la inmensa esfera,
 ¿Cómo han de ver, en ocio y cobardía,
 A círculo mezquino y más estrecho
 Menguarse la más vasta Monarquía?»

Para juzgar bien hoy, por otra parte, los sentimientos de adhesión á Fernando VII de que *El Solitario* alardea en las antedichas composiciones, no hay que poner en olvido que al frente del Epitalamio, escrito para su boda con la Reina Cristina, puso ya Quintana, el austero Quintana, en son de exordio, unos cuantos endecasílabos asonantados, ostensiblemente llenos de gratitud al propio Monarca. Los que entonces comenzaban á apellidarse *crístinos*, ya más, ya menos devotos de las ideas liberales, fueron al fin, de todos modos, los que primero constituyeron aquel poderoso bando que mantuvo firme el testamento de Fernando VII, decretó la exoneración de D. Carlos y sus hijos, y abrió cimientos á la organización posterior de la parcialidad política que se apellidó moderada. No muy vehementemente, porque carecía, según tengo expuesto, de ardor político, Estébanez Calderón quedó afiliado á ésta desde entonces, y, en medio de las alteraciones y vicisitudes de los tiempos, no perteneció á otra hasta la muerte. Pero en una cuestión fué desde el principio, no tan sólo decidido, sino intransigente, y entusiasta como quien más; es á saber, en la dinástica. Ahí su peculiar

tradicionalismo estaba conforme con el voto de los más exaltados liberales de la época, bien que por motivos diferentes. Á Estébanez, el oír que en esta tierra donde había reinado Isabel la Católica no debían reinar hembras, sonábale á modo de escandalosa blasfemia. La ley sálica, ó más bien semisálica, que se pretendía aquí aplicar, tenía bastante, en cambio, con solo su nombre y procedencia para serle por todo extremo antipática. Una segunda Isabel, heredera de la primera, lisonjeaba grandemente su sentido histórico y poético, pareciéndole lo único castizo y genuinamente español. Y si en el de allí á poco resucitado *listón verde* se hubiese modificado el lema, dejándolo en *Isabel ó Muerte*, entonces sí que lo habría cantado Estébanez de todas veras.





CAPÍTULO III.

«EL SOLITARIO» Y EL ROMANTICISMO.

SUMARIO.—Influjo del romanticismo en la carrera literaria de *El Solitario*.—Si fué desfavorable ó provechoso.—¿Hubiera escrito de todas suertes artículos de costumbres?—Diferencias fundamentales entre la lírica clásica y la romántica.—Lucha del romanticismo con el clasicismo en España y Europa.—Augusto Schlegel y la tragedia clásica francesa.—Sistema literario de su hermano Federico.—Chateaubriand y Mad. de Staël.—El *panteísmo* alemán y lo que al cabo significó el romanticismo en las letras.—Revolución universal.—Victor Hugo.—El romanticismo español.—*El Solitario* y Espronceda en campos encontrados.—Gallardo y Usoz y Rio.—Lista y sus teorías anti-románticas.—Carácter general de la contienda en España.—Su fin y resultados.—Las modernas ideas sobre el romanticismo.

No cabe dudar, y bien se prueba por lo que llevo dicho hasta ahora, el influjo que la venida del romanticismo ejerció en la carrera literaria de Estébanez Calderón. Para él probablemente fué inesperado tal suceso, por lo poco que debió sonar en la residencia donde había pasado los años anteriores. Allí en materia de libros hubo de estar exclusivamente en-

tregado á los viejos castellanos, y á los de nuestros clásicos de fines del siglo XVIII, con raros ó ninguno extranjeros, por ser casi todos sospechosos en aquella época. Hemos visto ya, como consecuencia de esto, que sus ilusiones anteriores se marchitaron, no bien llegado á Madrid, y que después de algunas tentativas, aunque felicísimas, para abrir nuevos caminos á su Musa, dentro de la tradición española, ora por lo elevado y sublime, ora por lo regocijado y satírico, dejó bien pronto la profesión de poeta, única que había ejercido hasta allí, por propia elección, con amor, y con intenso y sincero entusiasmo.

Hubo de haber para él momentos, aunque acaso breves, angustiosísimos entonces, al contemplar la primera esperanza de su porvenir desvanecida, su carrera literaria frustrada, moribunda la luz de su soñada gloria. Todo eso significaba la yerta indiferencia con que acogió el fruto de tantos trabajos halagüeños el público de Madrid, entre el cual, por lo menos, debían ya de correr los nuevos libros de poesía; es á saber: las *Meditaciones*, publicadas en Francia en 1820; las *Orientales*, igualmente dadas allí á

luz en 1829, y otros más de su autor, decididamente romántico ya en 1831, sin contar con que Byron, desde tiempo antes, había de tener hecha su aparición también entre los pocos ó muchos que conocieran á la sazón en España la lengua inglesa.

Como verdadero hombre de ingenio que era, halló, sin embargo, en sí Estébanez, y antes de mucho, nuevos recursos, luchando sin tregua en varios géneros, pero no con calor, ni fe, hasta que, puesto en comunicación con el público, señalóle éste, con su pronto y universal aplauso, el camino llano que había de conducirle al verdadero puesto que le tocaba ocupar de allí adelante en la literatura patria. ¡ Bienhadado para Estébanez el romanticismo, si el romanticismo fué la única causa de aquel cambio de aficiones y tareas, y de aquella transformación de su carácter literario! Jamás habría sido como poeta Estébanez, con todas sus indisputables dotes, lo que es para las letras nacionales en tanto que prosista y escritor de costumbres.

No es, con todo, improbable, ni mucho menos, que, sin el romanticismo, hubiera parado al cabo en prosista, y gran prosista, el vate mala-

gueño. Posible es igualmente que de todos modos hubiera escrito artículos de costumbres, antes ó después. Pero es tamaño el amor que inspira la poesía cuando se cultiva desde la primera edad, que, aun brindando con menos éxito que otras materias, se suele gustar más de ella que de ninguna, y preferirla interiormente á todas. Y es que los versos rara vez se escriben para los demás, particularmente en la época juvenil, ni se mira en ellos tanto la futura gloria cuanto la satisfacción presente, ni se reputan objeto de lucro, si en algún extraño caso lo pueden ser, hasta que, pasado el candor y la pureza de sentimientos de los primeros años, por desdicha se habitúa el alma á explotarse á sí misma, ofreciendo á cambio de la satisfacción de los goces materiales, cual moneda corriente, todo aquel bien íntimo y personal que produjo y comunicó antes con sublime desinterés. No tuvo ciertamente ocasión *El Solitario* de entrar en semejante comercio de sentimientos poéticos, lícito, me apresuro á decirlo, cuando las exigencias irresistibles de la realidad obligan al espíritu á inclinarse al suelo. ¿Ni qué otra cosa hace el águila misma si divisa en él su presa, con ser ave de

Júpiter, y tal, que ni el más encumbrado y glorioso de los vates, se siente de ser puesto en comparación con ella, cuando á tanto llega el entusiasmo laudatorio de críticos ó lectores? Como su tomo de poesías no se vendió, mal pudo, con efecto, *El Solitario* explotar, aunque le hiciese falta, que no lo sé, y él hubiera convenido en ello, los frutos de su musa juvenil.

De todos modos, este amor singular de los poetas á sus versos, de que hablo, no hay por qué no se diese en nuestro malagueño también. De seguro lo experimentaría, y pasaría, por lo mismo, muy malos ratos, pensando en el triste porvenir de aquellos pastores y aquellas zagalas, á quienes por tantos años había tenido encargados de expresar sus secretos pensamientos y afectos. Quedáronle, á la verdad, por desahogo del corazón, sus sonetos, donde fué relatando, á modo que en *memorias íntimas*, las peripecias del amor formal y definitivo de que ya he tratado en varias ocasiones. Mas esto no era ser poeta, sino amante de profesión, y aspirante á la de marido. Porque el arte propiamente dicho ha de ser desinteresado en su esencia, y mirar á lo universal, que no á los casos particulares, bien que lo

determinado ó concreto se pueda y se suela magnificar, prestándosele, para que vuele más alto, las alas de lo universal y hasta de lo infinito. La intención constituye aquí la diferencia. Ni empece que dejara *El Solitario* de ser poeta para que su correspondencia en sonetos esté muy bien versificada, y resplandezca más en ella el sentimiento que en sus composiciones meramente artísticas ó de carácter impersonal. De todos modos, y aunque no fuese la causa única de una alteración tan importante en su vida el romanticismo, tengo por incontestable que la precipitó y consumó; y que muy principalmente se debió á él la mudanza que desde 1831 en adelante se observa en las ocupaciones literarias de *El Solitario*.

Preséntannos á todo esto sus sonetos amorosos, á causa de lo que tenían de subjetivos y personales, el único lado por donde su genio poético pudo hallarse algo en contacto con el de los nuevos líricos. Porque es sabido que el romanticismo, considerado en la poesía lírica, produjo por donde quiera, incluso España, una introducción más continua y franca, aunque también más sin escrúpulos, del sentimiento personal en las obras poéticas. No que la vida psicológica ó

las cosas interiores del alma dejasen de penetrar en la lírica antigua, que Petrarca, Tasso, Garcilaso, Herrera, y otros y otros, escribieron hartos versos, donde más ó menos latentemente palpita un amor muy por encima del sensual, y aunque sobrado metafísico, real y cierto. Ni cabe la sospecha de que al componer sus versos dejaran de recordar, al modo que nosotros, hasta sin pensar ó querer, los poetas clásicos, cuanto ellos propios tenían sentido y aprendido dentro de sí, en cada caso particular. Es excesiva pretensión la de que sea esta civilización modernísima la única en que hayan observado los hombres que no tan sólo querían con sus sentidos, sino también con su alma, cuando precisamente estaban antes más seguros de tenerla, que desde hace algún tiempo están. Lo que hay es que todo, hasta la naturaleza, es decir, las flores, las aguas, las estrellas, que nadie sostendrá que no viesan tan claramente como los románticos los clásicos, se sujetaba en la composición antigua al orden, á la simetría, á la tranquilidad ó serenidad habituales del arte tradicional, y guardaba todo cierto equilibrio y reposo, en la literatura como en las instituciones ó la ciencia, en la totali-

dad, por fin, de la vida humana. Que esto último se exagerara á mediados del siglo anterior, no lo niego, y que de ahí venga el que, imparcialmente juzgando, nos sepan á insípidos y tibios los transportes y duelos amorosos de Delio ó Batilo, paréceme indisputable. La esencial diferencia entre la lírica clásica y la romántica no consiste, con todo, en eso, sino en que siendo principalmente objetiva y sólo en ciertos casos subjetiva para los primeros, pasó en manos de los segundos á ser subjetiva sobre todo, sin tomar de lo externo á veces sino puramente aquello que exigían la expresión y decoración artísticas de los asuntos. Un buen discípulo de Condillac, por ejemplo, apenas tenía medio de comprender la lírica romántica.

Mas con el subjetivismo de ésta, combinábase á la par la duda universal, que en un principio cartesiana, y sensualista después, había tomado ya la escéptica forma idealista de los lógicos á todo trance, que el propio cartesianismo engendró; y para que más y más se ahondase la duda, traspassando el corazón humano de parte á parte, la incredulidad volteriana del siglo último privó de repente de luz, de esperanzas, de cual-

quiera ilusión eficaz y fecunda, á los poetas. Entonces, ya se sabe, la desesperación, como inesperada corriente torrencial, inundó muchas almas, y de las mejores. De ahí los cantos amargos de Byron y las melancólicas melodías de Lamartine; de ahí toda la lírica romántica. Pero si pudo penetrar el psicologismo en los últimos sonetos de Estébanez, renovándose en ellos el amor metafísico de otros célebres líricos clásicos, ninguna de esas románticas preocupaciones cuadraba, según tengo dicho, á su espíritu, católico por sentimiento todavía más que por convicción, tradicionalista por instinto ó por inclinación irresistible. No fué, pues, romántico, aunque el romanticismo influyera poderosísimamente, á pesar suyo, y en bien ó en mal, que para mí fué en bien, sobre toda su vida literaria. ¿Pero debería yo haber guardado silencio, ó discurrir someramente siquiera, respecto á aquel fenómeno, y aun más que fenómeno, á aquella verdadera revolución literaria, de tal modo enlazada con el peculiar asunto de mi obra? No lo creo.

La lucha de clásicos y románticos, por donde quiera presentaba, en el entretanto, confusos

Seminário da Boa Nova
VALADARES

BIBLIOTECA

caracteres, dando lugar á extrañas contradicciones, y más que en ninguna otra nación, en España. He indicado antes, y quiero exponerlo más ampliamente ya, que el romanticismo no significaba, en suma, otra cosa, sino la parte que le correspondía á la literatura en la rebelión general contra todo el modo de vivir anterior, que, latentemente preparada por largo tiempo, estalló al fin en los últimos años del siglo XVIII. Sobrevino el romanticismo, lo propio que se encendió á la sazón el peligroso deseo de abandonar el principio hereditario, que estaba informando todo el organismo social, ahora en la constitución y ejercicio del poder soberano, ahora en el goce de las jerarquías y honores, ahora en los derechos sobre el suelo; lo mismo que en toda su pavorosa profundidad se planteó entonces la cuestión religiosa, no ya suscitada por las protestas, relativamente tímidas, de las antiguas iglesias heterodoxas, ni por las críticas ligeras, y, por lo general, externas ó casuísticas de la incredulidad francesa, sino mediante la crítica germánica, la cual, después de largos siglos de unánime creencia en Dios, aunque hubiese muchos falsos modos y uno solo verdadero de creer en él, acabó por

formular, en términos diversos, el principio panteísta, y por tanto ateo, de la unidad de sustancia; lo mismo, en fin, que muchos hombres se sintieron por aquel tiempo inclinados, no ya sólo á renovar ó trasformar la ciencia, sino á derrocarla por su base, negando al conocimiento realidad, y hasta realidad á las cosas. Rompiéronse así de repente los moldes de la literatura en uso, al revolucionario impulso universal. La inicial idea de entonces se cifraba en destruir para procurarse vida nueva, mejor ó peor, pero nueva. Cómo y por qué llegara durante el tal período histórico aquel singular momento en que de la paz religiosa, la paz interior que por donde quiera se gozaba, la paz literaria que el triunfante clasicismo francés había logrado establecer en todas partes, y el orden sumo y absoluta regularidad en todas materias, que únicamente interrumpían tal cual vez guerras parciales sin profundo alcance, pasara á apetecer de un golpe el mundo la intranquilidad, la inseguridad, la confusión y lo desconocido, emprendiéndose, en suma, un movimiento total, arrebatado é irreflexivo, sin dirección ni límites ciertos; fenómeno es que muchos han examinado ya, que otros



tratarán todavía de esclarecer, que ni puedo ni quiero explicar aquí con extensión. Á mí me basta asentar que no fué diferente aquel universal fenómeno de la Revolución de este otro especial que prestó origen al romanticismo en las letras.

No hay por eso mismo ningún principio estético ó literario que dé razón completa de cuanto, en el primer tercio de este siglo, se apellidaba de tal suerte. Románticos venían, en conclusión, á ser todos los que se rebelaban contra la literatura de los últimos tiempos, que, aunque criada en los pañales ilustres del Renacimiento, iba realmente estrechándose, amanerándose, haciéndose menos fecunda de día en día, por evidente contradicción con su propio principio, que era *la imitación de la naturaleza*, puesto que no solía tomarla ya sino de segunda mano, en libros célebres, pretendiendo limitarla además por inflexibles reglas preestablecidas, y no pocas veces arbitrarias. Uno de los primeros y más escandalosos ataques que este sistema de literatura experimentara fué el que le dió Augusto Guillermo Schlegel en 1807, con su paralelo entre la *Fedra* de Racine y la de Eurípides, enca-

minado á demostrar que lo que precisamente les faltaba á los dramáticos franceses de la época de Luis XIV era ser clásicos. Y Schlegel tenía con evidencia razón, aunque no la tengan, á mi ver, los que menosprecien la grande escuela dramática francesa que se tituló clásica, porque fuese más fiel á los asuntos griegos y romanos que á las costumbres y los sentimientos peculiares de aquellos antiguos pueblos. Con todo cuanto hay de convencional y anacrónico en las tragedias de Corneille ó Racine, pienso yo que constituyen hermosísima manifestación del arte dramático, tan digna de estima como aquellas que, no sin agravio de los precursores, suelen llevar los nombres gloriosos de Shakespeare y Calderón. Seguramente no pertenecen al verdadero arte helénico la *Fedra* de Racine, ni el *Edipo* de Martínez de la Rosa; pero de que sean verdaderas obras de arte, no cabe, á mi juicio, dudar, contemplándolas imparcialmente.

Parecía al principio que el antecitado crítico alemán no pretendiese otra cosa sino restablecer el carácter genuino de la primitiva tragedia clásica; pero un *Curso de literatura dramática* que, corriendo el año de 1808, profesó en Viena, oído,

y popularizado por Mad. de Staël antes que por su propio texto, dió ya á entender que, admirándolo y todo hasta el entusiasmo, lo que en puridad queria era relegar el clasicismo griego y latino al mundo antiguo ó gentilico, para que todas las artes quedaran exclusivamente informadas por el espíritu cristiano, tal como lo formó y desenvolvió la Edad Media ¹. Á título de representantes de este espíritu en todo su desarrollo y esplendor, fueron Shakespeare y Calderón los ídolos de Augusto Schlegel, que no por otra causa, simpatizaba todavía más que con aquel singular adivino del alma humana, con el teólogo del honor caballeresco; y del amor humano y místico que el teatro del último revela. Más dogmático y menos crítico, en mi opinión, lisonjeábase Federico Schlegel cuando puso término á su *Historia de la literatura antigua y moderna*, con la patriótica y piadosa idea de que el genio germánico, precursor ó maestro del mundo en adelante, unificaría en sus propios moldes toda la humana conciencia, logrando que reflejase universalmente la renovación y

¹ *Cours de littérature dramatique*, traduit de l'allemand par Madame Necker de Saussure. Nueva edición: Paris, 1865.

renacimiento de la *palabra eterna*, así en las artes cuanto en las ciencias, con lo que pensaba que se desvanecería cual sombra el panteísmo de los filósofos, y ocuparía su lugar lo *positivo divino*, cada día más abundante en magníficos desenvolvimientos. Este nuevo numen, principalmente debía aparecer é imperar, según él, en los campos de la literatura, engendrando la poesía de la verdad, resumen, no de esta ó aquella, sino de todas las tradiciones humanas igualmente, síntesis de lo eterno, palabra del alma, en el mundo espiritual ¹. Tales como eran, clarísimo para alemán el uno, algo nebuloso el otro, aunque no tanto que su intención no se dejase entender, fueron estos hermanos célebres los que el romanticismo reconoció mayormente por legisladores. Lo caballeresco, lo cristiano, lo germánico, les debieron así no poca parte del favor que en lo sucesivo gozaron.

Indudable es, en el ínterin, que aquello que en Chateaubriand apellidaban los escépticos mera

¹ *Storia della letteratura antica è moderna*. Traduzione da tedesco di Francesco Ambrosoli: Milan, 1828. Válgome de esta traducción porque fué revisada y aclarada en algunos puntos por el autor. Véase sobre todo la lección décimasexta y última.

manía de cristianizarlo todo, precedió á la crítica de ambos Schlegel. No, no andaba errado Théophile Gautier ¹ al calificar de *abuelo* del romanticismo al autor de *Atala*. Salió esta obra á luz en 1801, y ella fué ya una tentativa de Chateaubriand para darse previa cuenta del efecto que en los hombres de su época harían así el estilo como las tendencias que trataba de elevar á su último punto en *El Genio del Cristianismo*. Pero la práctica de Chateaubriand y la teoría de los dos Schlegel probaron á un tiempo que alguna causa, latente hasta allí en la conciencia humana, é independiente de los caprichos individuales, producía el fenómeno de que la contradictoria literatura, simultáneamente tradicionalista ó autoritaria de una parte, y de otra democrática y atea, de los últimos días del siglo XVIII, fuese de súbito rechazada y sustituida con otro orden de ideas, por igual contradictorio, donde se hermanaban la revolución escéptica con la fe cristiana, y el amor á lo caballeresco con la rehabilitación de lo grosero y vulgar. ¿No se ve por esto sólo clarísimamente que todos los caminos

¹ *Histoire du romantisme*: Paris, 1877.

parecían buenos , con tal que llevaran el pensamiento y las obras fuera de lo usado, conocido ú existente? Hasta la insigne Mad. de Staël , majestuosamente asentada entre dos siglos (cual de Napoleón dijo Manzoni , al ensalzar sus glorias militares y políticas), si resistió las extrañas novedades de los poemas en prosa de Chateaubriand , cedió al cabo al influjo de la doctrina estética de los Schlegel , sometiéndose no poco á la nueva escuela , aunque en realidad con ánimo más semejante al de *René*, melancólicamente incierto, que al de aquellos honrados y convencidos críticos alemanes , sus buenos amigos , y creyentes de verdad , según parece.

Mientras difundían con calor éstos la flamante doctrina romántica , el panteísmo, que no entendía la historia ni la religión como ellos , mostró bien que era de suyo mucho más firme y poderoso enémiigo que los dos imaginaban, sobre todo viviendo un Schelling y un Hegel. Toda teoría de arte exclusivamente cristiana tenía contra sí, además, por argumento práctico y abrumador, el maravilloso trabajo de Goethe, realizado en diversas direcciones, pero siempre fuera de lo *divino positivo* y la palabra del alma , como engen-

drado en un espíritu indiferente, que sólo quería usar del cristianismo al modo que de una mitología cualquiera. El superficial escepticismo francés, por su lado, conservaba todavía también bastantes raíces para ser peligroso, y embarazar la restauración cristiana que se pretendía. Aquella soñada unidad de la conciencia humana no se pudo, pues, realizar al cabo y al fin, en Alemania, ni en Francia, ni en parte alguna. Lejos de ello, con razón ha juzgado Saint-Beuve hermanos al *René* de Chateaubriand, al *Werther* de Goethe, y al *Childe-Harold* de Byron, los tres personajes principales de la literatura del siglo, á la par devorados por un escepticismo amargo, que en sólo uno de ellos parecía templar algún tanto la fe. Por otra parte, si Walter-Scott se complació, con efecto, en resucitar mucho de la Edad Media, y la musa de Schiller ordinariamente fué fiel á la tradición germánica, el Oriente y las penínsulas meridionales de Europa atrajeron más que todo á Byron, á Lamartine, al propio Chateaubriand, luego que dejó de pasear su musa en prosa por los desiertos de América. La representación de la sociedad contemporánea se imponía á todo esto, cual más ó menos clara-

mente se impone siempre en la literatura. Por eso la mayor parte de la atención de los líricos, de los novelistas y los dramáticos de la época, recayó, en último término, sobre la vida que ellos realmente vivían, inspirándose en las ilusiones y tristezas alternativas, en las contradictorias dudas religiosas y metafísicas, en la confusión anárquica de recuerdos, esperanzas y deseos que tras sí dejaban las tremendas revoluciones ó reacciones de principios del siglo. Todo lo cual combinado ocasionó, según tenía que suceder, que el romanticismo, en su definitiva expresión y concepto, no fuese nada de lo que concretamente pensaron los Schlegel, sino lo que yo he dicho, á saber: una especie de alianza confusa de principios, sentimientos y aspiraciones, en todo discordes menos en la rebeldía contra el estado de cosas literario inmediatamente anterior, ó sea contra el *antiguo régimen*, bajo esta fase, tomando por régimen antiguo aquello que habían establecido en cada dirección definitivamente lo más del décimosétimo y todo el siglo décimoc-tavo.

Y en tal concepto entiendo que no carece de razón la importancia extrema que en la historia

del romanticismo se ha dado después á Víctor Hugo. Soy yo de los que piensan, y de los poquísimos que hasta aquí confiesen tal opinión, que no ha de sancionar la posteridad el sumo puesto que le otorga hoy su patria en la poesía. Sé también ya que, seis años antes de dar á luz el famoso proemio de Cromwell, abominaba del romanticismo y de los alemanes sus fautores, no hallando otra diferencia entre las tragedias de Schiller ó Shakespeare y las de Corneille ó Racine, que el ser éstas muchísimo mejores. Pero una vez hecha su apostasía literaria, movido por desordenado amor al éxito, al ruido, á los aplausos de la muchedumbre, bien ó mal obtenidos, antes que por la persuasión de los nuevos principios, adquirida en atento estudio de ellos, fué sin duda quien formuló más clara y exactamente, con la ordinaria sagacidad francesa, el sentido de la revolución literaria que el romanticismo encarnaba, y después de su estrepitosa conversión, es, entre los escritores célebres, el que ha permanecido y permanece más fiel al espíritu romántico. Su poesía es la revolución misma versificada, con el régimen del *Terror*, el espíritu socialista, el *utopis-*

mo cándido, y todo cuanto distingue el período álgido de 1791 á 1793. No en balde uno de los discípulos de Víctor Hugo acaba de comparar la poética de su maestro, y de todos los que califica de románticos, es decir, de cuantos reniegan del arte que les precede, con el sistema de la lucha por la vida, ó la ley de Darwin aplicada á la literatura¹. Lo cierto es, entre tanto, que aquella revolución, de todos modos incruenta, lo propio que las de la política, de mucho mayor peligro por su parte, han dejado lo más de este mundo como se estaba, cambiando antes la forma que el fondo, los nombres que las cosas: derogando justamente algunas malas ó medianas leyes, y sacudiendo el yugo de ciertos tiranos, antes débiles que perversos; pero sin poder sustraerse á los cánones, á los límites, á los principios de razón que la naturaleza hace eternos.

Todavía viven entre nosotros no pocos de los antiguos románticos, y los más de ellos ignoran cómo y cuándo, pero todos saben ya que han dejado de serlo. Y es que una vez por tierra el cla-

¹ E. Deschanel: *Le romantisme des classiques*: París, 1833.

sicismo oficial, ó antiguo régimen de las letras, nadie piensa en pelear, sino en vivir, y vivir razonablemente. El orgullo de estas últimas generaciones padecería quizá si se diesen exacta cuenta de lo poco y baladí que se ha suprimido en lo que había, y de lo mucho que sin querer se conserva ó ya se ha restaurado de lo anterior. Por supuesto que, todavía menos en España que en otras partes, se dieron los contendores bastante cuenta de las tendencias varias que en su seno traía la nueva escuela que hacia 1830 nos vino por dos partes á un tiempo : de Inglaterra con algunos ilustres emigrados; de Francia con sus libros, siempre aquí muy leídos, y traducidos con harta frecuencia. Conviene advertir, por otro lado, que nunca entre nosotros fué tan cruda la contienda de clásicos y románticos como se echó de ver en Francia con motivo de la primera representación de *Hernani*. Por de pronto, los discípulos de Lista, oriundos de la última escuela sevillana, no acababan de dejar de ser clásicos, llamáranse como se llamaran. Pocos amigos de la vieja literatura en el ínterin, ni aun Gallardo, que miró siempre más á la forma que al fondo, detestaban de veras el espíritu ro-

mántico; antes bien lo solían prohijar, aparte del teatro, donde fué siempre más exaltada la discordia. Pero en el teatro mismo protegieron, si no practicaron, el romanticismo tres imitadores ó traductores, nada menos, de *Poéticas clásicas*, Pérez del Camino, Martínez de la Rosa, y Castro y Orozco. Hubo, á la verdad, polémicas entre los periódicos, y críticas recíprocamente injustas, como la que, por ejemplo, hizo un día *El Eco del Comercio* del inmortal *Don Alvaro* del duque de Rivas. Larra mismo, con su inclinación al romanticismo y todo, se mostró bastante ecléctico, y poco enamorado del teatro de Dumas ó Víctor Hugo en su crítica de *Antony*, mientras el malogrado Enrique Gil, mayor prosista que poeta, contra lo que se piensa comúnmente, juzgaba con criterio intermedio las nuevas poesías líricas de Zorrilla y Espronceda. El propio Lista, que en aquel tiempo era una especie de Poética viva, hablada, en constante acción, si bien enemigo acérrimo del nuevo teatro francés por las impías é inmorales inclinaciones que en él se descubrían, y poco admirador de Víctor Hugo, especialmente en su célebre *Nótre Dame de Paris*, encerró, para contraponerla al *romanticismo*, toda

doctrina crítica en estos términos, por demás sencillos: «Para nosotros, decía, es clásico todo lo que está bien escrito, designando las composiciones con los títulos de buenas ó malas, sin cuidarnos mucho de si son clásicas ó románticas, y este es, en nuestro entender, el mejor partido que pueden tomar los hombres de juicio ¹.» Y tal fué, con efecto, el partido que más generalmente se siguió en España, así por los literatos como por el público ilustrado.

No era, mientras tanto, posible que en toda aquella larga contienda el genio satírico de *El Solitario* dejara de dar de sí alguna muestra, y con efecto la dió en cierto artículo, cual todos los suyos, sabrosísimo. «Permitidme (le hace en él decir á un cierto D. Crisanto) que tome el asunto con estilo, si bien compendioso y brevísimo, al menos con altisonantes y encumbradas palabrotas, según y conforme á la secta romántica que profeso, impetrando también el favor y acorrimiento de sus más heroicos defensores. Prestadme vuestra ayuda, *sombras ensangrentadas*; dadme vuestros lindos y apreciados diminutivos, *Re-*

¹ Artículos sobre el Romanticismo, insertos en el II tomo de sus *Ensayos literarios y críticos*: Sevilla, 1844.

migio y Rosalía, y vosotros, incolas del subterráneo habitado.... ¡ay, y, y, y, señores circunstancias!!! Era la noche, y noche aquella de despelado Enero, en que Micifuf y Zapaquilda, dando corcovos y carrerillas por desvanes y aleros de tejados,

Con sus mayidos y terribles trinos,
Enteran del negocio á los vecinos....

Era de noche, digo, y la luna, cerniendo su salvadera de plata en la zaranda de azul y éter de los cielos, espolvoreaba á manos llenas en la oscura tierra los raudales de globulitos, menuditos, chiquirriticos, de su argentada lumbre. Todo era silencio y horribilidad, sin escucharse ni el chillido del *mus* por el sótano, ni sentirse en el ambiente la garrulidad del sibilante viente-cillo. Todos dormían, todos ronflaban....» ¿Á qué copiar más? No hay la menor duda que el estilo de los románticos, por buscar novedad, con frecuencia frisaba en lo ridículo, y *El Solitario*, que era clásico de raza, sin duda aprovechó una ocasión que le vino á mano para despertar risa á costa de ellos. Otro tanto hizo Mesonero en un celebrado artículo y cierto dis-

curso académico. Espronceda, en cambio, el romántico español por excelencia, no tan exclusivo imitador como dicen, pero innegablemente poseído de un espíritu algo semejante al de Byron, publicó en *El Artista*, bajo el epígrafe de *El Pastor Clasiquino*, ayudándose de la mordacidad del lápiz, para que; entrando por los ojos, fuese más eficaz la burla, un articulito en que su personaje habla por estos términos: «Églogas, venid en auxilio mío, aquí donde la máquina preñada (es decir, el cañón) y el sonoro tubo (la trompeta) no vienen á turbar mis solaces.... Por el Pan que rige mi manada, yo he de hacer ver al mundo que esa caterva de poetas noveles, idólatras de los miserables Calderón, Shakespeare y comparsa, son inmorales y no saben escribir una Égloga, ¡qué digo una Égloga!, ni siquiera cometer la figura llamada *Onomatopeya*.» ¡Lides verdaderamente inocentes! ¡Pluguiera á Dios que á la sazón no conociese otras España!

Porque mientras la política, después de haber ya llenado al país de duelo, con recíprocas y sucesivas proscriciones, ensangrentaba horriblemente los Pirineos españoles, y tardaba poco en

manchar también con sangre las más populosas y cultas de nuestras poblaciones, la revolución literaria paró aquí en bien poco, arraigándose menos que en las demás naciones, si se exceptúa Italia, que no ha sabido dejar de ser clásica jamás. Werther, René, Childe-Harold, llegaron á estar entre nosotros de moda; pero ni Espronceda mismo, ni Zorrilla, ni ninguno de nuestros jóvenes líricos de entonces, cultivaron exclusivamente aquel sistema de poesía desengañada y amarga, que nunca perdió aquí su carácter exótico, ni llegó á ser verdaderamente popular. Todavía en *El Estudiante de Salamanca* de Espronceda hay más reminiscencias del *Don Juan* de Tirso que del de Byron. Tocante al clasicismo, todo se redujo, en el ínterin, á ahuyentar, por una parte, de nuestro teatro la tragedia regular francesa, que, después de producir centenares de pésimas ó medianas obras, ya originales, ya traducidas, acababa de adquirir cierta popularidad, por virtud de algunas muy estimables, y gracias al genio trágico de Maiquez, sustituyéndosela con los dramas de veneno y puñal de la nueva escuela; por otra, á despedir de la poesía lírica á los pastores, que en verdad ha-

bían hecho el gasto sobrado tiempo, trocando, en todos los géneros literarios, por la de Cristo ó la Virgen, las invocaciones, realmente vanas, dirigidas hasta allí á Jove ó Tetis.

Verdad es que Lista, el sesudo y tímido Lista, defendió todavía á aquellas pobres deidades con calor digno de mejor causa; pero inútilmente. «Si los románticos (decía hasta con cólera en esta ocasión), ambiciosos de ser originales, no lo son sino como los revolucionarios de 1789, destruyendo todo lo existente, adquirirán una triste celebrad¹.» Y por señas que parece imposible que tan corto motivo fuera el que á aquel erudito crítico le pusiese en la verdadera pista de lo que el romanticismo quería y significaba; mas ello es cierto, según acabamos de ver. En cambio, resuelta y casi instintivamente se apartó siempre Lista de la opinión de los Schlegel, que veían ya la representación del nuevo arte literario en nuestros dramáticos del siglo xvii. Para él, como para D. Agustín Durán, en teoría, y otros muchos jóvenes dados á escribir piezas de teatro, no era cosa particular, sino naturalísima, el que entre

¹ Del uso de las fábulas mitológicas. Tomo 1 de los citados *Ensayos Críticos*.

nosotros renaciera y de nuevo brillase el espíritu dramático de nuestro siglo décimosétimo, mas no por romántico, sino por español. Si se hubiera convenido en que romántico y español eran términos sinónimos, Durán y Lista hubieran sido, quizá, mucho más románticos que fueron. El culto que profesaba este último á Moratín, el hijo, en la comedia, como en la lírica á Meléndez, no empezía á su admiración sin límites respecto á Moreto, Alarcón y Calderón mismo, aunque reconociese que *La Vida es sueño* era un drama parecido á los que se había dado en llamar románticos. Durán, en tanto, siguiendo el camino emprendido por su amigo y maestro Quintana en la colección de poesías de Estala ó Fernández, sucesivamente ensanchado por Grim, Deping, Wolf y otros en Alemania, había ya restablecido la popularidad de los romances en España, tarea en la cual, por propia confesión, le prestó siempre cuantos auxilios pudo *El Solitario*, y que éste mismo y Gallardo tuvieron también emprendida, ó juntos, ó cada cuál por su cuenta, diferentes veces. Complaciale á Durán, como á Lista, no ya lo que tales composiciones podían tener de común con la nueva escuela li-

teraria , sino lo muchísimo que tenían de indígenas y nacionales. Por eso mismo ni hubo ni pudo haber tampoco divergencias , entre nuestros principales críticos , con motivo de la resurrección de los diálogos , á la manera de Lope ó Rojas , que esmaltaron *El Trovador* de García Gutiérrez y *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch , ni con ocasión de los nuevos romances de Zorrilla ó del duque de Rivas , tan semejantes á los de otros tiempos en ostentosas descripciones , aventuras de amor y lances ó danzas de espadas.

Por remate y fin de todo , diré que lo que más que nada trajo esta revolución literaria, fué una confusión grandísima de gustos , de creencias y opiniones , á favor de la cual los sacerdotes de los antiguos y los nuevos dioses se entendían por lo regular á maravilla , sin el menor fanatismo de escuela. Así se vió que, igualmente que las de las *Cartas Españolas*, ocupó Gallardo las páginas de *El Artista*, hasta el punto de andar juntos unos versos suyos, no ya románticos de nombre, como su canción á Blanca Flor, sino de purísima reminiscencia clásica, con la diatriba de Espronceda contra el Clasiquino

de que he hecho memoria. En este último periódico escribió asimismo otro ardiente apasionado de nuestros viejos libros, Usoz y Río, de quien algo más he de decir luego, alternando en paz, mediante sus artículos en prosa y sus poesías, por el tono y el artificio métrico románticas, no ya sólo con Espronceda, sino con Zorrilla, que hacía entonces sus primeras armas.

Al concluir ahora este ligero bosquejo de la historia literaria de medio siglo ha, quiero apresurarme á exponer que no otorgo la palma á ninguna de las dos publicaciones periódicas que principalmente representaron las doctrinas rivales, ni mucho menos intento contraponer la tertulia de donde salieron las *Cartas Españolas*, á la del benemérito D. José Madrazo, en que se engendró *El Artista*. Á ella concurrió también Estébanez cuando volvió de Logroño á Madrid, y nadie puede negar el mérito de los fundadores de este último periódico literario, mi inolvidable amigo D. Eugenio de Ochoa, D. Federico Madrazo y su hermano D. Pedro, el más constante de los redactores. Mi objeto no ha sido, ni será nunca otro que determinar la sucesión y establecer el respectivo valor de los hechos.

Hoy que el romanticismo es cosa muerta, y que la moda reinante lleva á la literatura por otros caminos, mucho peores, no faltan críticos que *a posteriori* quieran dotarlo de una teoría general, que juzgo imposible inferir de los hechos, haciendo que proceda de un principio fundamental y único, cuando su fuerte fué no depender de principio alguno, como por tal no se reconozca y entienda una simple negación; es á saber: la negación sistemática, y en ocasiones brutal, de todo cuanto había existido anteriormente, no más que porque había existido. El concepto que veo predominar actualmente acerca del romanticismo, se asemeja mucho al de Beyle (ó Stendhal), que lo conoció al nacer. Según aquel pensador, para mí excesivamente alabado en nuestros días, el romanticismo consiste en suministrar sólo obras al público que, dadas las presentes costumbres y creencias, deban proporcionarle el mayor placer ó deleite posible. Si esto fuera el romanticismo, como se pretende, no habría muerto, á la verdad, sino antes bien modificádose un tanto, al compás de las exigencias de la época, en los asuntos y el estilo, no siendo, en suma, otra cosa que él, bajo

un aspecto diferente, el naturalismo contemporáneo. Niégole yo á esta escuela, género ó moda, según se quiera, que con la denominación de naturalismo infesta hoy la literatura, muchos méritos que le conceden otros; pero no el de dejar de estar en correspondencia con las costumbres, bien que malas costumbres, ni con las creencias, ó, por mejor decir, con la descreencia ordinaria del país en que ha nacido, y de los países que lleguen con él á contagiarse. Ni siquiera desconozco, y aún he de explicarlo más largamente después, que uno de los principales fines del arte, tal como los naturalistas lo entienden, sea el deleite, bien que para mí no sólo el deleite sensual. Pero en el romanticismo se representaban ya tales dolores y catástrofes, y el naturalismo describe tan bajas miserias, que no pienso que hayan podido causar nunca, ni ahora causen, deleite ó placer, por lo cual debe de haber algo más que eso en el arte, algo de que se olvidó Stendhal, y con él olvidan los que resucitan y procuran hoy generalizar su doctrina. ¿Cómo desconocerlo? Ni el romanticismo, según Víctor Hugo, ni el naturalismo que se practica ahora, se cifran tan solo en el deleite que procuran

á los lectores, antes bien consisten en la preferencia íntima que uno y otro dan al mal sobre el bien, á lo grotesco ó bestial sobre lo sublime y lo bello, á la perversión sobre la perfección; y aun por eso, el autor de *Le Roi s'amuse* debe ser reconocido por tan abuelo del naturalismo de ahora, como lo fué Chateaubriand del romanticismo primitivo, á juicio mío y de cierto crítico francés. Cuando luego trate expresamente del naturalismo, quedará patente este aserto.

Más que yo quería se ha dilatado una digresión, que no me era dado, según expuse previamente, omitir, por la importancia que el romanticismo tuvo en la transformación literaria de Estébanez, y por haber justamente nacido, crecido y casi llegado á su mayor auge, al tiempo mismo que se publicaban las *Cartas Españolas*, teatro de los mayores esfuerzos intelectuales de nuestro escritor. No colaboró ya éste en *El Artista*, porque se hallaba lejos de Madrid, y entregado á muy distintas ocupaciones de las literarias, conforme veremos; pero su tradicionalismo clásico y sus burlas á los románticos nunca le impidieron ser bien recibido, en confirmación de lo que dije antes, no tan sólo en la

tertulia de D. José Madrazo, sino en todos los círculos donde sus adversarios preponderaban, y hasta en el *Liceo* de Madrid, á cuya organización contribuyó, desde que en modesta tertulia literaria tuvo principio; ni más ni menos que Lista, el duque de Frías ó D. Juan Nicasio Gallego. Callo aquí á Martínez de la Rosa, porque éste, cual es sabido, fué de los importadores de la nueva escuela en lo dramático, aunque al propio tiempo haya en esto que recordarle como uno de los últimos y más felices imitadores del clasicismo francés.





CAPÍTULO IV.

«EL SOLITARIO» ARTICULISTA DE COSTUMBRES.

SUMARIO.—Vuelve sus ojos á la prosa *El Solitario*, é introduce en España los artículos de costumbres.—Historia de este género de literatura, según Mesonero Romanos.—Fundación de las *Cartas Españolas* y publicación del primer escrito en prosa de *El Solitario*.—Verdaderos antecedentes de los artículos de costumbres.—*L'Hermite de la Chaussée d'Antin*, ó De Jouy.—*Pamphlet des pamphlets*, ó Paul Louis Courier.—Mesonero Romanos, ó sea *El Curioso Parlante*.—Larra, ó *Figaro*.—Quevedo y la literatura picaresca castellana en general.—D. Juan de Zabaleta y su *Día de fiesta en Madrid*.—Originalidad de *El Solitario*.—Excelencias peculiares de su estilo.—Fenómeno de las costumbres y el habla, más castizos en Andalucía que en otras provincias.—*Escenas Andaluzas*.—La pintura de costumbres en Quevedo y *El Solitario*.

UANDO el romanticismo estaba aquí realizando su más brillante que profunda evolución, y mientras las ideas y sentimientos, de que hablé al final del cap. II, agitaban la mente de Estébanez, tocante á lo privado y lo público, justamente trascurría, entre 1831 y 1834, el período más activo, fecundo y glorioso de toda su carrera literaria.

Verdad que no hizo entonces sino recoger los frutos, maduros ya, del último período, tranquila y silenciosamente pasado en Málaga, utilísimo para la formación futura de su prosa, bien que no lo fuese para la renovación de sus principios poéticos. Habiendo tratado de los posteriores ensayos de su Musa, tócame ya aquí hablar de su prosa, con la cual se fué encariñando más y más á medida que iba dando de mano á la poesía. Para empezar importa que por un instante deje la palabra á mejor testigo que pueda yo serlo: al célebre escritor de artículos de costumbres Mesonero Romanos. Tratando del origen de ellos, en el primer volumen de la reciente colección de sus propias obras, salieron de tan experta pluma los párrafos que van á continuación:

«No fui yo (dice) el solo en lanzarme por este camino *absolutamente nuevo*. Á mi lado tuve un insigne compañero, un modelo de ingenio y de buen decir, el erudito D. Serafín Estébanez Calderón, que, bajo el seudónimo de *El Solitario*, empezó á trazar por entonces en las *Cartas Españolas* sus preciosísimos cuadros de costumbres andaluzas con una gracia y desenfado tales, que

podieran equivocarse con los de un Cervantes ó un Quevedo, si bien el extremado sabor clásico y arcaico que plugo dar á sus preciosos bocetos al erudito *Solitario*, perjudicaba á éstos para adquirir popularidad entre los lectores del día. De todos modos, el autor de las *Escenas Matritenses*, que procuraba seguir en la exposición de éstas una marcha más sencilla y moderna, un estilo más usual, reconoce como su gloria mayor el haber alternado semanalmente en su primer período con el insigne *Solitario*, aquel ingenio singular que, por desgracia para las letras patrias, hubo muy luego de abandonarlas para seguir diversos destinos. El ejemplo de ambos jóvenes, laboriosos y entusiastas por la patria literatura, no sólo despertó de su marasmo al indolente público de entonces, sino que sirvió también de estímulo á otros jóvenes é ingenios privilegiados á lanzarse á la palestra, donde habían de alcanzar merecido lauro. Entre ellos descolló el malogrado *Figaro* (D. Mariano José de Larra), que, animado por ambos, y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió pocos meses después sus primeros opúsculos, bajo el epígrafe de *Cartas de un Pobrecito*

Hablador.... El intento constante del ingenioso y discreto *Figaro* fué (con cortas excepciones) la sátira política, la censura ó retrato apasionado de los hombres de la época: *El Curioso Parlante* se proponía otra misión más modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridículos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las costumbres andaluzas, el erudito y castizo *Solitario*, y ambos miraron sin asomo de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero *Figaro*, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar que ni antes ni después ha tenido entre nosotros digno rival, ni aun siquiera felices imitadores.»

En el fondo es ciertamente imparcial y generoso este capítulo de historia literaria. Cúmpleme, sin embargo, aclarar algunos detalles que interesan á Estébanez, y por eso mismo á mi asunto, tomando más de atrás, y exponiendo con más particularidad las cosas.

El título de *Cartas Españolas*, de que se hace ahí mención, lo llevó cierta Revista, publicada en

Madrid desde Julio de 1831 hasta Noviembre del siguiente año , y que , con ser de aquel tiempo, no quedó inferior á ninguna de las que hemos conocido después , ni á las mejores publicaciones de su índole que la precedieron en España, tales como el *Diario de los literatos*, el *Mercurio histórico y político*, el *Semanario Erudito*, ó el *Almacén de Frutos literarios* del siglo pasado; y ni siquiera á *El Censor* de la primera época constitucional, que redactaron algunos doctos afrancesados. Dirigía las tales *Cartas* D. José María Carnerero, muy mediano literato, aunque, á fuer de antiguo diplomático, hombre de mundo y de buen gusto ; pero desde el primer día se hizo el alma de ellas *El Solitario*. De pluma de éste fué ya el prospecto , primera muestra pública de su admirable prosa satírica, con este extraño título: «*Frontis en papel, que sale de paraninfo ó viene de antefecha á ciertos discursos que, con lema de CARTAS ESPAÑOLAS, verá el benévolo público, andando los días.*» Allí supone una tertulia, que bien pudiera ser, disfrazada, la de los condes de Teba, lo cual sospecho por ciertas palabras que al célebre literato francés M. Prosper de Mérimée, su íntimo amigo, le escribió años después ; y en ella retrata pica-

rescamente á todos los redactores, sin exceptuarse á sí mismo. Allí, en aquel prospecto, es, por señas, donde refiere que, á causa de cierto elogio que días antes había escrito de la soledad, solían apodarle *El Solitario*; mas ya el lector recordará lo que tengo dicho acerca de este punto. No deja de ser raro que el tal elogio de la soledad jamás haya llegado á mis manos, y es lástima, porque estaba en verso, y un brevísimo trozo que, bajo aquel título, puso su autor de epigrafe al artículo denominado *Hiala, Nadir y Bartolo*, es de lo más excelente que salió de su pluma. Ni hay duda que hable de sí propio cuando de uno de los redactores dice: «que muy pocos libros traspirenáticos hallaban gracia ante sus ojos, mas en trueque siempre estaba cercado de infolios y legajos empolvados á la española antigua, para cuya caza trasteaba y escudriñaba los trebejos de las librerías y baratillos.» Que no fué esta, con efecto, la menor de las ocupaciones de su vida de allí adelante, logrando en Madrid, donde era mucho más fácil que en Granada ó Málaga, acrecentar por extremo su caudal de libros, y constituir la copiosa biblioteca de rarezas bibliográficas que tanto le envidiaron los curiosos,

y fué delicia única de sus años postrimeros.

Hízole tropezar tal afición, á no mucho de su llegada á Madrid, y aun formar grande amistad, con D. Bartolomé José Gallardo, aquel mismo insigne, pero colérico y sarcástico erudito, con quien tan fiera contienda sostuvo más tarde; y de allí vino que el implacable adversario de los afrancesados *Gaceteros de Bayona* fuese uno de los primeros colaboradores de las *Cartas Españolas*. Sin dificultad pudiera él ser un D. Crispín Centellas, de quien el prospecto hace mención, hombre «de traza aviesa, entre duende y arlequín, que tenía la memoria embutida con trozos de los mejores poetas latinos, castellanos y extranjeros, y que, ya imitando á aquellos, ya copiando á estotros, y siempre escribiendo á son y compás de nuestros autores del siglo xvi, solía acertar en tal cual composición, sin desagradar del todo en ninguna.» Que si lo de «tal cual composición» lo dijo *El Solitario* por la *Canción romántica* intitulada *Blanca-Flor*, verdaderamente no hay exagerado elogio, pues ella es, á mi juicio, de lo más perfecto de nuestra literatura. Ni en alguna que otra composición que publicó en las *Cartas Españolas*, ni en las que

más adelante dió á luz en *El Artista*, estuvo, con mucho, tan feliz. Imprimió en las *Cartas Gallardo* unos artículos como suyos contra Ceán Bermúdez, ocultando el nombre bajo seudónimo, y en poco estuvo que no publicase allí también su notable disertación sobre si *La Tía Fingida* era ó no de Cervantes, mediante la intervención de Estébanez, renunciando al fin por no darla á trozos, ó, según él dijo con su crudo grajeo en *El Criticón*, «como en parto revesado, niño muerto.» Pero Gallardo era muy tardío en producir y Estébanez Calderón muy espontáneo; los dos tenían igual codicia de libros viejos; presumían con razón de satíricos entrambos, y había sobrado con todo eso para que su intimidad, durante muchos años extremada, se quebrase al cabo.

Más constante fortuna tuvo nuestro ilustre malagueño, porque era persona de mejor carácter, en su amistad con Mesonero Romanos, de que dan buena muestra las frases de este que he copiado ya, por mayor mérito escritas bastantes años después que aquél hubiese muerto. Fué Mesonero, bajo el seudónimo ya de *Un Curioso Parlante*, de los colaboradores más asiduos en

los tres últimos tomos de las *Cartas Españolas*, donde publicó más de veinte de sus mejores artículos de costumbres. Y á par que con los trabajos de éste, de Gallardo y Estébanez, ilustráronse las páginas de dicha Revista con los últimos versos de Arriaza, y los primeros de aquellos predilectos discípulos de Lista, que se llamaron Ventura de la Vega y Espronceda. De este último lo he dicho ya, y sin impedirlo, por cierto, el andar emigrado aún, ni el haber tomado parte poco antes en la calaverada sangrienta de Chapalanguarra. Vese allí también la firma de Roca de Togores, marqués hoy de Molins, que nobilísimamente empeñado ya en engrandecer la gloria de su amigo Bretón de los Herreros, escribió un lindo artículo con motivo de la publicación que éste hizo de sus poesías líricas; sin que faltase alguna de las admirables combinaciones métricas del mismo autor de *Marcela*, ni se echara de menos el nombre de Gil de Zárate, meramente indicado por iniciales modestas al pie de una de las más notables de sus composiciones líricas, consagrada á la joven Reina Cristina y la reciente *Amnistía*. De todo lo cual se infiere que la publicación de las *Cartas Españolas*, cuyo espíritu lite-

rario formó exclusivamente Estébanez, debiéndole muchos trabajos de todo género, como que era su único redactor habitual, ha de contarse entre los más señalados servicios que á la patria literatura se hayan prestado en tiempo alguno.

Aquella Revista era todavía clásica, y en sus páginas se refutaron, si bien con templanza, los principios literarios del romanticismo naciente. Más acomodaticia con él fué la *Revista Española*, heredera de las *Cartas*, donde colaboró activamente Larra, que tanto propendía á romántico. Pero el verdadero campeón de la nueva escuela ya se sabe que fué *El Artista*, fundado para eso precisamente cosa de dos años después, es decir, por Enero de 1835, y que no duró mucho más tiempo que las *Cartas*, sucumbiendo inmerecidamente á la escasez de suscritores. Suelen muchos considerar á *El Artista* como iniciador del renacimiento literario de 1830 á 1840, y es error, sin duda alguna. No: la verdad es que este período de renovación comenzó, como el de la política, en los últimos días de Fernando VII, al calor de la entonces popular Reina Cristina, protectora de Carnerero y de las *Cartas*

Españolas. *El Artista* continuó dignamente, y modificó en sentido romántico, que no engendró, el movimiento intelectual desarrollado en España por entonces.

Pero el propio y peculiar asunto de esta obra me está llamando á voces, y es tiempo de volver á él decididamente. Dejamos á nuestro *Solitario*, con su antigua arpa rota, y sin ganas de seguir la novísima corriente lírica, por lo cual volvía los ojos á la prosa, no bien publicada en 1831 su colección de versos, cuando coincidió felizmente con eso la fundación de las *Cartas Españolas*. De repente, con actividad y laboriosidad en él desusadas, se lanzó á escribir para aquella Revista artículos de todo linaje. Novelas cortas, en especial orientales, por las aficiones adquiridas en Granada y la inspiración de los estudios de lengua arábica, que justamente hacía á la par, bajo la dirección del malogrado P. Artigas, críticas de teatros y libros nuevos, trabajos de administración, de geografía antigua, de botánica y hasta de minería, todo lo acometió á un tiempo, ya bajo su propio apellido, ya con el seudónimo de *El Solitario*. Y en medio de tantos ensayos diversos, logró

acertar por fin con el género de literatura que más convenía á sus dotes. Ni quiero yo negar absolutamente que trajese esbozado alguno de tales escritos de Málaga, que bien podría ser; pero de cierto no sé decir sino que con las *Cartas Españolas* vino al mundo su primer artículo de *costumbres*.

Tengo que pedir ahora á mis lectores que recuerden bien los párrafos que copié de Mesonero al principiar este capítulo, no sin exponerles mi honda pena por haber de contradecir á persona que con viva estimación me honró en los últimos años de su vida, y á quien profesé, y profeso, grande aprecio literario. Mas no lo puedo evitar. Así como con razón reivindicó la suya *El Curioso Parlante* sobre el autor de las *Cartas de un Pobrecito Hablador*, D. Mariano José de Larra, lícito ha de serme establecer á mí la prioridad de Estébanez sobre uno y otro, empresa trivial de puro llana. El primer artículo de los que formaron luego las *Escenas Matritenses* no vió la luz hasta el 12 de Enero de 1832, según confesaba su propio autor, y habían deleitado ya para entonces en Madrid á las personas de gusto, dando de un golpe á Estébanez reputación de in-

geniosísimo escritor de costumbres, *Pulpete y Balbeja*, *Los Filósofos en el Figón* y las *Excelencias de Madrid*, artículos que todos reputan por de los mejores que encierran las *Escenas Andaluzas*. No, no hay que dudarle: hasta el firmarse con un seudónimo, lo imitó Mesonero ya de Estébanez, y á éste, que no á él, se debe la introducción, renovación ó creación, pues algo de todo esto hubo, de un género de literatura que tanto floreció en España después, y en el cual se ensayaron un día casi todos nuestros ingenios principales, aunque con varia fortuna.

Afirma, por otra parte, Mesonero que el tal género era enteramente nuevo, y tampoco es exacto. No lo era en él cuando menos: hubiéralo podido ser en el insigne prosista malagueño, primero que lo introdujo, y fijó su carácter y extensión por aquel tiempo. Pero ¿es siquiera sostenible que los artículos de costumbres carecieran de precedente en las literaturas extrañas, y menos todavía en la española? No por cierto.

Es indudable que Estébanez, Mesonero y Larra conocían, al ponerse á escribir, *L'Hermite de la Cbaussée d'Antin*, colección de artículos que, en su mayor parte, publicó un cierto De Jouy

en París durante el primer Imperio. Cítalo Mesonero al comenzar su artículo intitulado *El Aguinaldo*, para facilitar quizá la comparación con el que denominó el autor francés *Les Etrennes*, haciendo así patente la originalidad de los suyos propios, aun tratándose de asunto idéntico; pero bien que esta originalidad de nuestro escritor sea incontestable, échase al punto de ver que, con distintos materiales y traza distinta, pertenecen ambas fábricas á un mismo orden arquitectónico. Larra, por su lado, cita á De Jouy también en su artículo denominado *El Album*, y descubiertamente traduce allí un breve trozo de sus obras; lo cual no es nada para lo que toma sin decirlo de ellas, incurriendo en verdaderos plagios. Se encuentra en tal caso su artículo intitulado *La Diligencia*, sacado de *La Cour des Messageries*, en mucha parte; y casi otro tanto cabe decir de *El Duelo*, *Le Duel* del escritor francés. Acaso tuvo también presente Larra en sus artículos de sátira política, pues los que escribió ó más bien imitó de costumbres fueron pocos, á otro escritor de mucho más fuste que De Jouy, es á saber, al cáustico autor del *Pamphlet des pamphlets*, y tantas episto-

las y artículos, todavía más que por su fondo, donosos por su estilo, el cual hace del nombre de Paul Louis Courier uno de los más estimados todavía en la literatura francesa. Pero, de todos modos, Mesonero y Larra confiesan que habían leído á De Jouy, y aunque no lo confesaran, es clarísimo que éste fué quien les sirvió de modelo entre los extraños, y que no otro sino él puso á la moda en Europa los pequeños cuadros literarios de que Mesonero hizo profesión, tomando por tema, ahora la expresión de ciertos personajes típicos, ahora la representación de populares usos y de fiestas nacionales.

Todo esto lo reconocía con grande ingenuidad *El Solitario*, á pesar de ser quien primero había dado carácter y forma á los modernos artículos de costumbres en España, y de que en él no se encuentre la menor traza de imitación de De Jouy, ni por la índole siquiera de los asuntos. Que en cuanto al estilo y al espíritu, no hay que decir si en nuestro escritor serían desde el principio lo que de sus antecedentes se debía esperar, es á saber, genuinos, y hasta intransigente ó exageradamente castizos.

Mas no porque *El Solitario* confesara, en conver-

sación, que la lectura de los artículos de De Jouy le sugirió la idea de introducir tal género de literatura en la España de su época, reconocía que lo hubiese inventado el escritor francés; antes bien reivindicó siempre la *prioridad* para sus queridos autores castellanos. Á estos, y á la naturaleza únicamente, pidió él, desde luego, inspiración y lecciones, labrando sus artículos en la piedra que no se deshace jamás, sino que cada día se endurece, hasta desafiar al tiempo, que es el estilo, y el estilo literario. Domina éste y se impone hasta á la moda misma, ó sea á la extraña pero positiva necesidad que experimentan los hombres de variar de tiempo en tiempo sus gustos, sus usos, y, por decirlo así, su modo de ser ó estar, sin otra ventaja las más veces que el placer mismo de la variación ó mudanza. De no haber alcanzado suficiente mérito en esto del estilo proviene, á mi ver, que, mientras anda De Jouy puesto en olvido, no sólo como poeta trágico, sino como escritor de costumbres, á pesar de su gran boga en otra época, y mientras todos los demás autores de igual clase sin cesar decaen en la curiosidad, y hasta en la estimación pública, lo propio *El Solitario* que Paul

Louis Courrier, y atrévome á decir que el primero todavía más, no tan sólo conservan su prístina fama, sino que sucesivamente van acrecentándola. Por mucho que se extreme el injusto desdén á las pasadas modas literarias, nunca podrá, con todo, negarse á De Jouy ó los de su escuela, el valor que da á sus trabajos la exactitud de las escenas y costumbres que pintaban. Del hastío que deja en la literatura, ni más ni menos que en las mujeres, toda moda que se acaba, después de haber imperado mucho tiempo, no participará la historia, que, por el contrario, se complace en recoger y guardar lo viejo, para emplearlo oportunamente en su universal y eterna labor.

Serán, pues, datos históricos, y filosóficos, ó antropológicos, de importancia suma en todo tiempo, los artículos de costumbres que se desdennan ahora, y en este concepto valdrán más y durarán más que muchos otros de los trabajos que se celebran, y á los cuales tan ligeramente suele concederles la inmortalidad desde hoy, ya el amor propio de los autores mismos, ya la apasionada indulgencia de amigos y familiares, cuando no el falso gusto en la crítica contemporánea.

Dije antes que Estébanez daba origen viejo y español á los artículos de costumbres, y como eso mismo pienso yo, voy á procurar demostrarlo. ¿Qué grave diferencia literaria existe, por ejemplo, entre los dichos artículos y *El Alguacil alguacilado* ó *La Casa de los locos de Amor*? ¿Y no son también cuadros de costumbres en verso, como algunos de *El Solitario*, el *Desafío de dos Jaques*, ó *Los Borrachos* del mismo Quevedo, con otros muchos parecidos? Pues todavía más estrictamente se puede establecer la filiación de ese género de artículos, trayéndola de *El Día de fiesta por la mañana y por la tarde*, que en 1666 dió á la estampa D. Juan de Zabaleta, escritor bastante menos conocido y celebrado que en justicia merece. Aquel *bosquejo* ó *cuadro de caballete*, destinado á retratar todos los tipos ó caracteres sociales, desde el grande de España hasta el mendigo, alternando con la exhibición de usos y costumbres populares, tales como paseos, romerías y ferias, de que al definir sus propios artículos hablaba Mesonero, hállase, sin que le falte el menor tilde, en el taller de Zabaleta; y por modo tal, que, al leer las obras de éste ahora, no cabe pizca de duda de que lo que

realmente se verificó entre nosotros poco después de 1830, fué la restauración de un género desusado. No puedo decir si Mesonero conocía ó no á Zabaleta también cuando comenzó á escribir sus artículos, aunque es probable, porque las ediciones de *El Día de fiesta* son, más que raras, vulgares. En cuanto á Estébanez, que era consumado bibliófilo, lo conocía muy bien, y aun debo decir que fué uno de los autores cuya lectura me recomendó primeramente cuando vine á la corte. Por si alguien que no lo conozca sospecha que Estébanez exagerase, ó exagere yo el mérito de Zabaleta, querría copiar aquí ahora mismo artículos suyos; pero mejor será dejarlo al apéndice, en que he de insertar alguno de ellos, para regocijo de los aficionados á la vieja literatura castellana, bien que suprimiendo las pesadísimas reflexiones morales en que, por descargo de conciencia, frecuentemente envuelve el autor sus valientes y felicísimas pinceladas. Una vez extirpadas tales excrecencias ó superfluidades, cosa facilísima, ya que por dicha suelen andar desligadas de la pintura, descripción ó narración de las cosas, atrévome á afirmar que ni *El Solitario* mismo excede siem-

pre á Zabaleta , como escritor de costumbres.

Los artículos de este último sobre tipos ó caracteres sociales , por ejemplo, *El Galán*, *La Dama*, *El Linajudo* , y aquellos otros que dedica á las romerías ó ferias, v. gr., á *El Trapillo* y *Santiago el Verde*, que suman treinta y dos entre todos, son , aparte las reflexiones inútiles , verdaderas joyas literarias. Ni deja , hasta en sus reflexiones , de tener gracejo á veces , aunque las menos , por lo cual condeno aquellas totalmente. Es de advertir que no teme retratar espinosos tipos como el del adúltero, ni le falta valor para censurar vivamente las preocupaciones de sus contemporáneos , de que ofrece curioso ejemplo el artículo intitulado *La Comedia* , donde hace una defensa ardiente de los representantes contra las groserías del público, todavía menos remediadas que fuera bien. Píntanos en otra ocasión al *linajudo*, haciendo servir á uno de sus visitantes buen vino , y á tal propósito se deja decir «que aquello era mejor para tener buena sangre que descender de Xerxes,» cosa que, impresa en los días de Felipe IV ó Carlos II , tiene su mérito.

Tanto y más todavía que al autor de *El Día*

de fiesta estudió , sin embargo, el de las *Escenas Andaluzas* , á Cervantes , Hurtado de Mendoza, Alemán , Vélez de Guevara , Espinel y Quevedo , en aquellos cuadros de costumbres picarescas que nombran ellos novelas , y al último en muchas otras de sus obras sueltas. De Francisco Santos nada diré, porque , bien que procurase imitar á Zabaleta y escribiera asimismo artículos de costumbres , parecidísimos en la forma y la intención á los modernos , no fué ingenio tal que hombre cual Estébanez hubiera de tomarle por modelo. Tampoco diré nada de aquellos folletos, no desemejantes á los que por Agosto de 1832 publicó Larra, bajo el título de *El Pobrecito Hablador*, que vieron la luz en el siglo pasado , satirizando con más ó menos *vis cómica* las costumbres privadas, sin entrar poco ó mucho en las públicas. *El Solitario* venía de más ilustre y antigua parentela , según sus *Escenas Andaluzas* dicen á gritos. Fuera de ese, tenían también el particular mérito de haber sido inmediata y directamente observadas y aun vividas tan solo en España, constituyendo un caso de imitación directa de la naturaleza, que ni tenía ni podía tener muchos precedentes en el

pseudo clasicismo reinante al tiempo que se crió y formó *El Solitario*. Pero, con todo, ni el lenguaje, ni los personajes, ni los sucesos de las *Escenas Andaluzas*, son en realidad tan arcaicos cuanto se ha solido pensar generalmente.

Depende para mí ese falso juicio, en mucha parte, del olvido ó desconocimiento de un hecho por extremo singular y curioso. Por causas no bien explicadas todavía, ello es que conservan más vivo nuestras provincias de Andalucía que las demás todo lo genuinamente nacional ó castizo; de tal manera, que hasta el idioma castellano, tan desfigurado en la pronunciación, está allí más entero, tocante á giros, frases y voces, que en ninguna otra parte. Á las veces he pensado si podría esto nacer de que por más largo, y en más próximo período de tiempo, ha representado allí la castellana el papel de raza conquistadora respecto á otra inferior y sometida, pudiéndose haber sentido, por lo mismo, con mayor estímulo que en otras regiones para marcar ó afirmar su individualidad propia, mediante la conservación escrupulosa de sus nativos usos y modos de decir. Á ello pudieron ayudar en tal hipótesis los moros sinceramente conversos,

exagerando el castellanismo por esconder su origen mejor. Pero en otras ocasiones me he inclinado á pensar todo lo contrario; á saber: que muchas de las bizarrias, galanteos, músicas y danzas de la tierra andaluza provengan de los moros, y que, siendo cosas peculiares de ellos, se hayan comenzado á enfriar, como quien dice, por donde empezó y se asentó antes la reconquista, desapareciendo primero poco á poco de Aragón y Castilla, y luego de los lugares sucesivamente conquistados, hasta tener por único refugio el que lo fué también de los últimos reyes y las postreras glorias del Islam. Esta hipótesis tiene contra sí, no obstante, el hecho de que, por causa de la rebelión de Granada, fué antes expulsada de allí la gente mora que no de Aragón, Valencia y ciertos puntos de Castilla. Todo sumado, páreceme, pues, más probable la primera de tales suposiciones, confirmada, á mi ver, por indicios que todavía saltan á los ojos.

Allí en Andalucía es donde han encontrado su teatro postrero, antes de desaparecer, como desaparecerán sin duda, y no muy tarde, por virtud de la fuerza niveladora de la civilización, los amores por las rejas, las serenatas, los palos ó

cintarazos entre galanes, por todos cuatro costados cristianos viejos, y castellanos, de las comedias de Lope ó Calderón. Allí andan todavía, en su bien conocida estampa, como si no hubieran pasado días por ellos, Rinconete y Cortadillo, lo propio que Guzmán de Alfarache y los valentones y las mozas de las jácaras ó bailes de Quevedo: todos con sus defectillos, á la verdad; pero capaz el menor de los tales de hacer información de limpieza, diferenciando su sangre no sólo de la judía, sino de la mora, que según Estébanez y nuestros antepasados, era de calidad algo mejor. Hasta los manolos y majas de D. Ramón de la Cruz, tiempo ha enterrados en esta corte, subsisten y sin grandes desperfectos en Sevilla ó Málaga, que fué sin duda donde los halló y trató íntimamente *El Solitario*. ¿Ni quién dudará que Pulpete, Balbeja y la Gorgoja, aunque vecinos de Madrid, y asistentes en la plaza de Santa Ana, se criaron más lejos, y que sus retratos los trajo esbozados en su imaginación *El Solitario* cuando abandonó la ciudad natal? Desde las más altas clases (ya lo expuse en otra ocasión) pudieron bajar estas costumbres castizas al pueblo de Castilla, y poco á poco se

irían desvaneciendo , y alejándose luego de la parte central de la Península, hasta quedar arrinconadas en las riberas del Guadalquivir y la costa más meridional del Mediterráneo, donde, por su sabor y olor á cosa antigua española y cristiana , se las ha debido de guardar, valga el decir, como oro en paño. Repito que mientras más lo pienso, esto es lo que más seguro creo. Pero he dicho que todavía andan por Andalucía, y acaso no sea ya verdad, pues tanto corren ahora las cosas, aquellos héroes picarescos que brillaron durante los siglos xvi y xvii en lo más de España. Lo que en todo caso no ofrece duda es que, con efecto, andaban por allá en tiempo de *El Solitario*, el cual tuvo largas ocasiones de conocer muy bien tales sujetos. Definió así con verdad suma, en el prólogo de sus *Escenas*, aquellas personas «de charpa y cuatro dedos de enjundia de españolismo en sus inclinaciones y gustos;» entre las cuales se contaban los «oyentes y leyentes de la gente buena y bizarra de la tierra , matadores de toros, castigadores de caballos, atemorizantes de hombres, cantadores, bailadores, hombres del camino , y más (añadía) que yo me sé, así de calzón y botín como de mantellina y sayas.»

Tratando sólo de héroes de esta laya, no era siquiera posible que imitase *El Solitario* costumbres ni obras ultrapirenaicas, lo cual hace precisamente que le admiren en mayor grado que á otro alguno de nuestros escritores de costumbres, los extranjeros que han podido conocer y saborear sus obras. La estimación grandísima que profesó siempre á Estébanez M. Prosper Mérimée, uno de los mejores novelistas y escritores franceses de este siglo, á eso se debió, en puridad, como principiada en la época de la fundación de las *Cartas Españolas*, que fué cuando el autor de *Carmen* visitó nuestro país más detenidamente. En España, en cambio, según declaró Mesonero con nobleza, no fué nunca tan estimado ni conocido *El Solitario* cuanto debía, á causa de eso mismo, y por la pureza y riqueza extremas ó el castizo artificio de su lenguaje, que tanto se diferenciaba del vulgar y pobrísimo idioma corriente.

En esto han cambiado ya no poco los tiempos, y tienden á cambiar más de día en día. No todo lo que era ó parecía arcaico treinta años ha, lo es actualmente. Después de tantas bur-las al lenguaje apellidado académico, por atribuirse en especial su empleo á los individuos de

la Academia Española, es lo cierto que , gracias en mucho á ellos, y á Estébanez en grandísima parte también, se han restablecido, y, sin sentir, se van generalizando giros y frases, palabras y formas castizas , que malamente había puesto en olvido el uso, no sin merma deplorable del caudal, y de la propiedad y sonoridad de la lengua. Bien cabe abusar del arcaísmo, cuanto del neologismo, á la verdad , y el *ne quid nimis* viene aquí de molde, cual en muchas cosas, ó más bien todas. Pero sabido es que no hay exceso que, por ley natural, no traiga otro contrario consigo, y ha sido tal el del neologismo *galicista* en España de un siglo acá, que harta excusa merece la reacción iniciada en opuesto sentido por Estébanez, el cual abierta y resueltamente, según hemos visto por el prólogo de las *Cartas Españolas* , desde que empezó á escribir en prosa se declaró *celosísimo del habla castellana*, á punto de decir que «no podía sufrirla mal acompañada de galicismos ni manchada con *suciedades* de tal jaez.»

Acompañáronle de los primeros en tal empresa dos hombres, á quienes he nombrado ya , peritísimos ambos en la lengua castellana, mas de corto influjo en nuestras letras, parte porque es-

cribían difícilmente y produjeron escasas obras literarias, señaladamente el uno de ellos, parte por la índole poco simpática al público de sus pocos ó muchos trabajos. Refiérome en primer lugar á D. Bartolomé José Gallardo, que apenas dió á luz, como nadie ignora, sino diatribas, las cuales debieran coleccionarse, con eso y todo, en un libro, que por la lengua sería de oro. Aludo en segundo lugar á D. Luís Usoz y Río, más conocido que por sus estudios sobre los sinónimos castellanos y otras ligeras obras, por las muchas reimpressiones que hizo de libros de protestantes españoles. También publicó éste algunos versos en que adoptó, según ya dije, el tono y hasta las formas métricas de los románticos, sin fortuna por cierto. Lo mismo con Usoz que con Gallardo, cortó relaciones Estébanez al cabo y al fin. Pero cuando éste estaba ya reconocido por gran prosista, poniendo en práctica la doctrina intransigentemente purista de todos tres, mostró aún por los otros dos una amistad que se acercaba á la veneración. Después de celebrar, por ejemplo, al dedicarle á Usoz su novela intitulada *Cristianos y Moriscos*, la severidad y corrección de gusto, y los conocimientos en los

primores y galas de nuestro feliz idioma que reconocía en él, añadió: «Un leve signo de aprobación tuya, un movimiento solo de simpatía de parte de tu corazón, llenará el mío de placer y de cierto género de agradecimiento.» No menor afecto tuvo á Gallardo, según deja ver su íntima correspondencia con D. Pascual Gayangos, aventajado arabista ya, de la cual daré á conocer algunos trozos cuando trate de la contienda á que aludí anteriormente. Sin dar toda la razón á Estébanez, pues nada hay más raro que el que entre los que riñen la tenga uno solo, paréceme poder decir, con asentimiento de cuantos les conocieran, que tanto Usoz como Gallardo eran hombres de pocos amigos, por los caracteres singularísimos que tenían, frisando igualmente ambos en misántropos. Desde luego pecaban los dos de desdeñosos y suspicaces, y con tales condiciones no era fácil que ni uno ni otro estuvieran siempre á buenas con hombre tan impresionable, tan abierto, tan alegre, tan sin doblez, como saben que era Estébanez cuantos le trataron. Lo cierto es, de todos modos, que la tendencia purista y las aficiones arcaicas, aunque en los tres desiguales, en todos tres se fortifica-

ron con el trato recíproco. Y Estébanez en tanto, que era, no solo el que más fácilmente y mejor escribía de ellos, sino el único dotado de bastante originalidad ó fecundidad de ingenio para engendrar obras en calidad y número capaces de influir en las letras, por fuerza tiene que aparecer ante la posteridad por verdadero caudillo de la común empresa.

No perteneció Estébanez, quizá por genialidades suyas, que no por olvido de la docta Corporación, á nuestra Real Academia Española; pero es también hora de proclamar altamente que nadie ha pertenecido á ella desde su fundación con mayores títulos. Y eso que si cualquier Clemencín de menor cuantía quisiera aplicar á la prosa de *El Solitario* el género de trivial, y tantas veces dudosa crítica, con que aquél implacable gramático comentó el *Quijote*, no perdería de seguro el tiempo, si es que cabe no perderlo en tareas semejantes. Estébanez no había aprendido la lengua castellana en Salvá ni los gramáticos de su especie. Habíala aprendido en gran parte estudiando al propio Cervantes, y así como participa mucho de su mérito y sus bellezas, nada de extraño tendría que se le declarara partícipe

en sus faltas, si por ventura lo son las más que se atribuyen al mayor de nuestros prosistas y de nuestros ingenios. Habíala aprendido de igual modo en las dos primeras *Celestinas*, á las cuales añadió él una más, que aunque breve, compite con ellas, y forma parte de las *Escenas Andaluzas*; así como en *El Lazarillo de Tormes*, en *El Gran Tacaño*, en *El Día de fiesta de Zabaleta*, y otros modelos por el estilo, felizmente libres del cautiverio y tormento de la gramática fría, pobre, sujeta á rigor matemático, que tiende á imponerse á todos en nuestros días, instrumento ajustado y útil sin duda para tratar con exactitud los negocios, pero incapaz de ofrecer expresión propia y suficiente al estro de aquellos ingenios que nacen para contribuir á la creación de una lengua, dilatarla, y abrir en ella nuevos derroteros por donde se descubran ignorados tesoros, tales como Cervantes, Quevedo, y el propio Estébanez; que por compañero digno de ellos sería tenido, á haber vivido en días más lejanos.

Ha dicho, y no sin razón, D. Juan Valera ¹,

¹ En un excelente capítulo de su continuación á la *Historia de España* de D. Modesto Lafuente.—Barcelona, 1877 á 1882.—Lib. XIII, cap. 1.

aquel de sus discípulos que, á no dudar, le sigue más de cerca en el colorido y riqueza del estilo festivo, y aun en la destreza para pintar costumbres nacionales, que nuestro *Solitario* está limpio del culteranismo del siglo xvii, y del latinismo exagerado del anterior. De aquí proviene que el escritor á quien más especialmente se asemeje, y por de contado con gran provecho, sea á Cervantes. Asimismo es cierto, como observa atinadamente Valera, que no tan sólo trató de resucitar en el lenguaje ahora hablado mucho de lo bueno que en él había antes del siglo xviii, sino que trajo á la lengua escrita y literaria giros, frases y vocablos nueva y directamente tomados de boca del pueblo, con todo su sabor rancio y generoso, siguiendo en ello las huellas de los grandes maestros del decir en todas partes. Mas, con todo eso, así como no imitó á Quevedo, por ejemplo, en el culteranismo, tampoco le siguió en el exceso de acarrear bajas palabras y frases á la lengua literaria. Ni como él inventó por centenares los vocablos, sin otra razón que la de la conveniencia, aunque tal cual vez formase igualmente algunos, no tanto por necesidad cuanto por bizarría y gra-

cejo. Es también mucho más natural, contenido y delicado en sus pinturas que Quevedo *El Solitario*, por demostración de lo cual basta comparar su cuadro de *Pulpete y Balbeja*, en prosa, con aquellos de asuntos semejantes y tan conocidos de Quevedo, que están en verso, uno de los cuales, citado aquí ya, comienza:

«A la orilla de un pellejo
En la taberna de Lepre....
Mascaraque el de Sevilla
Zamborandón el de Yepes,» etc.

Y otro empieza de este modo :

«Helas, helas por do vienen
La Corruga y la Carrasca,» etc.

Á los cuales pudieran añadirse *Los Borrachos*, la *Pendencia Mosquita*, y algunos más que, como los de *El Solitario* de costumbres, tratan de vinosos jaques y mozas fáciles cuando no airadas.

Tienen Pulpete y Balbeja, con ser quien son, mejor crianza, y gastan por ende mucho más discretas razones, que no Mascaraque, ó Zamborandón, sin que la Corruga ó la Carrasca, ni Isabel ó la señora Catalina, de la *Pendencia Mosquita*, sirvan tampoco para descalzar á la valerosa pero

limpia y pulida Gorgoja, que dejó tamañicos á los campeones heróicos de la plaza de Santa Ana. Puede esto en algo depender de que, dada esta gente del bronce, los tipos andaluces que pintó *El Solitario* sean, especialmente en las mujeres, menos brutales de suyo que sus antecesores debieron de ser, cuando tal gente poblaba otras partes; pero no creo yo que en todo. La verdad escueta es que el maravilloso ingenio de Quevedo propendía con frecuencia á saltar por encima de la simple sátira y del cuadro de costumbres, para dar, no ya solo en un realismo repugnante, sino en la más inverosímil caricatura. Los vicios, las costumbres que él pintó, han existido siempre y existen, pero en otra medida. La de Quevedo no es nunca exacta, sino exageradísima, y su pintura no es, por tanto, de tan buen dibujo cuanto poderosa paleta, y de colorido jamás superado en literatura. Muy otra cosa le acontece á Estébanez Calderón: sus escenas son verdaderamente realistas, ó si se quiere naturalistas, pero están miradas por ojos y contadas por labios que obedecían á un carácter blando y un alma sin hiel, é inspiraba siempre una risueña y poética fantasía.

Nada más distante de mi propósito que rebajar en lo más mínimo el ingenio verdaderamente único de Quevedo, por lo que toca á la originalidad, fertilidad y agudeza, cualidades que hacen sus obras satíricas con otras ningunas comparables. Pero nadie negará que entre sus grandes méritos no figuraba el buen gusto, ni aquella moderación de ánimo y armonía de facultades mentales en que éste ordinariamente se forma, depura y acendra. Tampoco, justo es decirlo, le ayudó á tener buen gusto su época. El de *El Solitario*, en cambio, es delicadísimo; y no temería yo dejar por ese motivo que entraran en certamen algunos de sus artículos de costumbres con la mejor obra de parecida índole de Quevedo. Pero lo que más distintos los hace, á mi ver, es de una parte lo que he dicho, y de otra la disposición de espíritu en que escribieron sus obras festivas los dos. Quevedo, filósofo y político á su manera, con frecuencia engolfado en meditaciones profundas y tristes, agriado por los desengaños de la ambición burlada unas veces, por la injusticia de sus contemporáneos otras, por los rápidos cambios de fortuna, y las persecuciones que padeció en varias ocasiones, no re-

paraba en las costumbres de los hombres para divertir su ánimo analizándolas ó pintándolas, sino con el fin de infamarlos y castigarlos, descargando así sobre todas las clases de la sociedad, alternativamente, la cólera que sentía, y en que interiormente estallaba y se apacentaba. Nuestro *Solitario*, al modo de Cervantes, rara, rarísima vez escribió con algo parecido á cólera ó saña. Naturaleza fácilmente contentadiza, y no menos fácilmente regocijable, escribía por placer, no por venganza; por desahogar la risa, que no la cólera.

También tuvo, no obstante, *El Solitario* su *Grande Osuna*, que fué, según veremos, el general D. Luís Fernández de Córdoba: también hubo para él Condes-Duques en la nación; pero ni el malogro del primero, que deploró siempre con toda el alma, ni los triunfos de los segundos, que perturbaron á veces mucho su existencia, le hicieron nunca querer mal á la generalidad de los hombres. No sé yo, ni aunque supiera lo diría, quién fué mejor hombre, entre estos dos grandes investigadores ó adivinos y soberanos pintores de las ridiculeces, ya internas, ya externas del prójimo. Pero Estébanez participó más

que Quevedo , sin asomo de duda , de aquella celeste virtud que en la omnipotencia y plenitud de Dios se llama misericordia , y nosotros , imperfectos mortales , sólo de lejos conocemos , ó tal cual vez practicamos , con el nombre , dulce de todos modos , de indulgencia.



THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON
FROM THE FIRST SETTLEMENT
TO THE PRESENT TIME
BY NATHANIEL BENTLEY
VOLUME I
PUBLISHED BY W. BENTLEY
1822



CAPÍTULO V.

EL NATURALISMO Y «EL SOLITARIO.»

SUMARIO.—Diferencia de sistema entre *El Solitario* y los notísimos escritores de costumbres.—Qué cosa se llame hoy *naturalismo* en literatura.—Balzac, Stendhal, Zola.—Equiparación de la novela naturalista con la historia.—Ventaja de *L'Histoire de la prostitution*, y otros tratados semejantes.—Mayor dificultad de la novela histórica.—Cómo informa el dinamismo contemporáneo el sistema de Zola y sus secuaces.—Espíritu de *L'Asommoir* y de *Nana*.—Superioridad de la *Gazette des Tribunaux* sobre tales libros.—La causa de la familia Fenayrou y la del *Gran Escándalo* de Burdeos.—El *Asno* de Luciano y Apuleyo.—El *Satyricon* de Petronio, novela naturalista.—El bien y el mal en el arte, como en la vida.—Goethe escritor naturalista.—Comparación de las *Escenas Andaluzas* de *El Solitario* con las novelas de ahora.—Trabajos que los naturalistas debieran abandonar á la administración pública.—Suspende Estébanez, por otras ocupaciones, el cultivo asiduo de las letras.

ÓMO reconocer, á todo esto, por escritor realista ó naturalista á *El Solitario*, y dejar de examinar, á propósito de sus artículos de costumbres, la más debatida actualmente de las cuestiones literarias? ¡Ah!: no quiero, no, que se confunda ni por un instante

el arte del autor de las *Escenas Andaluças* con lo que por tal entiende cierta escuela á la moda. Verdad es que se necesitaría para eso no conocer aquellos deliciosos artículos, de una parte, y no haber leído, de otra, las novelas naturalistas contemporáneas. Porque á primera vista se observa que los cuadros de *El Solitario* están bañados en hermosa luz de mediodía, atenuante, y hasta redentora de las corrupciones y fealdades de la realidad; de modo que si aparece la naturaleza humana, como por fuerza es, imperfecta é impura, comparada con los eternos ideales de la moral, del derecho y del orden social, lo que es del todo repugnante, aborrecible, completamente destituida de amor y belleza, privada sin remedio del verdor del campo ó del azul del cielo, no se nos representa en ellos jamás. Á ninguno de sus personajes les quita Estébanez recoger una flor de vez en cuando, y regalarse con su perfume suavísimo; sentir el noble orgullo de la patria; pensar en Dios, con sus arcanas, inmensas profundidades, y en su misericordia infinita; abrigar bajo sus ropas, por maltrechas y sucias que estén, un pecho sensible, no ya sólo á los placeres comunes, sino hasta

al misterio inefable del honor. Son, en suma, hombres, verdaderos hombres, los que *El Solitario* pinta, ora de condición mediana, ora pobre, quizá ruín, mas en quien está inmanente, aunque se esconda á la vista, por las circunstancias, lo racional, con lo moral y lo divino: hombres, si con frecuencia dominados, nunca del todo regidos por el bestial instinto; víctimas inconcientes en ocasiones del acaso del nacimiento ó la educación, pero jamás de todo punto desposeídos de sí mismos, ni tan faltos de la fuerza incógnita de la voluntad, que vayan cual simples cosas donde no quieran ir deliberadamente. Bastaría observar esto sólo para comprender que si los cuadros de *El Solitario* son realistas, y fielmente realistas, bajo el concepto en que todos los de grandes pintores lo han sido, nada tienen que ver con esos que exhibe el bando que se apellida *naturalista* por excelencia.

Sabido es, que no se manifiesta el *naturalismo* ahora en los artículos de costumbres, que fué donde hizo su primera aparición, ni siquiera en el drama, relegado por la flamante escuela á muy inferior categoría. El lienzo que actualmente prefiere este linaje de pintura, ni es

tan estrecho como el que le sirvió á De Jouy, ni tan vasto como solía ser el de las fábulas novelescas del siglo anterior, salvo excepciones. Balzac, en su *Comedia Humana*, fué quien definitivamente fijó el tamaño de la moderna novela, ó *roman*, nombre que prefieren los franceses, dejando el de *nouvelle* para obras más cortas, que nosotros llamamos *cuentos* generalmente. Los críticos naturalistas pretenden que el sistema en sí mismo es invención de Balzac, sobre lo cual no faltaría que decir, si lo juzgara aquí indispensable, aunque bien conozco que muy cerca estaba de poder ser un naturalista completo el hombre que, en punto á belleza mujeril, prefería á la de las Venus antiguas, sin exceptuar la de Milo, aquella bien conocida de las provocantes mujeres que, envueltas en sus chales, acuden con pie ligero á las aventuras callejeras, que tan cómodas son en París. Tampoco pienso que deba pararme á determinar la distancia que indudablemente media entre el referido Balzac, y Beyle (ó sea Stendhal), ídolos de la nueva escuela, por un lado, y, por otro, Zola, en quien se suele ésta personificar, no sin razón, puesto que él ha llegado hasta á fijar sus cánones. Sea

como quiera, lo que pretende el nuevo naturalismo, y ante todo intenta, es equiparar con la historia la novela, mediante la autenticidad y verdad de sus documentos.

Que las descripciones de costumbres de cualquier tiempo puedan ser útiles á la historia, helo reconocido ya, aludiendo á los artículos de De Jouy ó Mesonero Romanos, y otro tanto cabe decir de las novelas que tengan igual índole que aquellos. Mas lo que á la historia en tal caso importa es que la obra de costumbres revele lo que cada época determinada encierra de especial, de propio, de divergente con otras, no lo que en todas tenga que aparecer idéntico y común, como cosa perennemente humana. Á tal objeto suele, por eso mismo, ser más útil la forma propiamente histórica que la novelesca ó fabulosa. *L'Histoire de la prostitution* de Pierre Dufour, por ejemplo, comprende muchísimos más documentos referentes á las costumbres *naturales* de los siglos pasados, que contengan *Nana* ó *Pot-Bouille* respecto al nuestro, y, si aquel libro se llega á leer, no se lee por cierto con menos curiosidad que estos otros, ni con menos vivo interés.

Aun dejando aparte la historia, no el natura-

lismo novelesco, sino la fisiología, la psicología, la sociología, con sus propios conceptos y contenidos, son en realidad las ciencias pertinentes y adecuadas para el conocimiento del hombre en general, con sus instintos y sus pasiones, ó sus tendencias malas y buenas. Y sin salir de la novela, si la naturalista se mira como mero documento, tiene mucho menos valor que la histórica, pues que no difiere de ésta sino en que su materia es más fácil de estudiar, por referirse á espectáculos que están á la vista de todos. No sé yo, pues, cómo se pueda afectar indiferencia hacia la novela histórica, que es mucho más trabajosa, preconizando la naturalista, ó de asuntos contemporáneos, cuyos elementos poco ó nada cuesta recoger y acumular, y que por lo regular á nadie enseña cosa que no sepa. ¿Quién comparará, bajo estos conceptos, ninguna de las novelas parisienses de Zola con las maravillosas resurrecciones históricas de los libros de Walter-Scott, de Herculano ó de Manzoni? El poder de evocar, de poner de nuevo á la vista, de reconstituir las cosas muertas, no lo da Dios, ni con mucho, tan frecuentes veces como el de tejer narraciones con hechos de

todos los días y vulgarísimos, las cuales, no pudiendo en puridad descubrirnos lo nuevo ó lo útil, se limitan á despertar ó avivar las vergonzosas pasiones y los instintos animales, que suelen por rubor ocultar los hombres.

Algo mejor aconsejada está, así y todo, la novela naturalista pretendiendo formar parte de la historia, y aun si se quiere de la filosofía, ó de la zoología, que cuando aspira á merecer un lugar señalado en el arte. Porque histórica, filosófica, ó zoológica, en su inspiración y tendencia, lo primero que cualquiera obra necesita para pertenecer al arte es ser esencialmente artística. Si la novela quiere dejar de serlo, no hay á qué reñir por tal motivo. La crítica moderna es bastante amplia y generosa para aceptar, y aun justificar, todo género de escritos, mas á condición de que cada cuál guarde el puesto que le corresponda. Lo que no cabe admitir es arte sin arte. La historia misma puede escribirse con él ó sin él: ser cronicón, quedarse en crónica, revestir la forma de anales ó la de memorias; pero privada de condiciones estéticas, ni aun aquella es bien que se cuente entre los productos de la literatura. Con sacar, pues, la

nueva novela de costumbres del dominio del arte, borrándola de una vez del catálogo de los géneros literarios, ya puede seguir la senda que quiera, sin que la crítica la moleste lo más mínimo.

Pero es tiempo de decir sin ambages lo que verdadera y prácticamente se proponen los naturalistas. Según sus obras demuestran, no es otro su objeto que exponer á nuestra vista el modo de vivir de aquellas gentes que andan por el mundo ahora, no sólo sin sol y sin flores, sino sin patria ni Dios, sin conciencia ni honor, sin razón ni libre albedrío. Parece, por supuesto, que, en opinión de tales novelistas ó pensadores, sea en el día esa la regla general, y lo contrario excepción, raro fenómeno, acaso monstruosidad. El considerar así á tanto linaje de personas, dando por seguro que el mundo apenas encierra otras, es, en consecuencia, lo que se condecora con el título de realidad y de verdad única. No hay que decir que la fatalidad de la continua y eterna evolución de las cosas, principio fundamental del dinamismo contemporáneo, informa por entero este *naturalismo*, como ciencia primera. Pero la lógica, racional fuerza al cabo y

al fin, niégase con frecuencia á legitimar en el entendimiento el proceso de tal evolución, por medio de los artificiales personajes encargados de demostrar las tesis prácticas de filosofía positiva que esas fábulas novelescas plantean. Dando por sentado, sin embargo, que tesis tales son ciertas, trátase sólo, las más veces, de que su desenvolvimiento y demostración en hechos ponga al género humano en el caso de conocerse bien á sí mismo, ya que nadie entre sus miembros acierte á lograrlo según fama; y negando para ello eficacia á la vida individual ó la experiencia de cada uno, confiase tan ardua misión á las narraciones fingidas de los libros. La verdad en tanto es, conforme he indicado, que nada se aprende en ellos que no esté harto el que los lee de saber, por regla general, aunque lo calle en conversación por debido respeto á los demás y á sí mismo. Lógrase, no tanto divulgar el conocimiento teórico del mal (que por otra parte juzgo el menos útil de los saberes, pues nadie aprende á evitarlo por tal modo, y algunos pueden aprender á ejecutarlo), cuanto producir, en los que ya lo conocen, y aun se lo tienen sabido de memoria, recuerdos provocativos, de-

lectación dañina, excitaciones enfermizas y peligrosas. Ni con otro fin se prolongan quizá, tan sin medida, las jornadas del humano envilecimiento.

Aquella Gervasia, la Gervasia de *L'Asommoir*, por ejemplo, estaba suficientemente caída en el Hotel *Boncœur*, al despuntar su aurora naturalista, para tener que malgastar un tiempo precioso, en prepararse perezosamente á acudir á los *boulevards*, mendigando cual otras la infamia última. La única vez que se nos deja ver al sol en su aposento, alumbraba allí ya un lecho deshonorado. Ni este de Gervasia y sus hermanas en naturalismo, es alegre vicio siquiera, sino á modo de mal contagioso, que en el hospital inmenso que llaman mundo se adquiere ó realiza inconciente, fatal é indiferentemente. Algo más regocijada, á la verdad, parece en *Nana* la depravación; pero depende de que esta es más innoble, y comienza por donde acabó la de su madre. Entre tales tinieblas, de vez en cuando brotan y relucen, no obstante, á la manera que fuegos fatuos en los cementerios, ciertas figuras ideales, hasta la inverosimilitud exageradas entonces, como rudo ensayo de quien no tiene